El Aleph Editores

ISABEL COIXET

Alguien tendría que prohibir los domingos por la tarde

Primera edición: noviembre de 2011
Primera edición en digital: noviembre de 2011

© Isabel Coixet, 2011

Ilustración de la cubierta: © Zoe Sala Coixet
Diseño de la cubierta: © Book & Look
© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., El Aleph Editores
elalepheditores.com/grup62.com

ISBN: 978-84-15325-12-3
Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, wwww.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Introducción

Domingos por la tarde

Ocurre después de la comida. Tras el tortel, el café, el carajillo. Al mismo tiempo que una brutal somnolencia hace su aparición, cuando las conversaciones llegan a un callejón sin salida y se apagan hasta los rumores de la casa de al lado, esa donde siempre hay un bebé que nunca acaba de crecer. Llega de pronto, como una niebla espesa, más espesa que el humo del tabaco y los puros y se aposenta encima de la mesa del comedor en la que ya no caben más migas ni restos de comida, como un batracio satisfecho a partir de las cinco de la tarde, justo cuando uno está pensando en tomar otro café. Es la tristeza del domingo por la tarde, ese estado entre la melancolía y la pura pena que ataca a todo bicho viviente entre los tres y los noventa y tres años. Ese estado que, en los países nórdicos, contabiliza más intentos de suicidio que en ningún otro momento de la semana. Ese estado que condujo a Proust a meterse en la cama y a no querer salir por más magdalenas y té que Céleste le trajera. Esa extraña congoja que empuja a mucha gente a invertir los patrones del tiempo y a intentar con desesperación prorrogar el sábado hasta el martes y a poblar los after que abren el domingo al mediodía. Esa mezcla de vagos recuerdos de infancia llenos de relamidas voces de locutores deportivos y horribles sintonías que llenaban el patio de vecinos y cuadernos escolares con deberes a medio hacer y la sensación de empezar todo de nuevo y el miedo a que nuestros amigos del viernes hubieran formado otras alianzas durante el fin de semana y ya no nos «ajuntaran» el lunes y miedo también a que la señorita hubiera olvidado nuestros nombres.

Domingos por la tarde en ciudades desconocidas, en hoteles con moquetas imposibles y habitaciones con baños de color marrón que te empujan a pasear por bulevares vacíos con tiendas cerradas y

gente que bebe sola en cafés a punto de cerrar.

Domingos por la tarde en agosto donde la ebriedad de sentir la ciudad para uno solo es reemplazada por el vértigo de tener la ciudad para uno solo.

Domingos de adolescencia a la salida de la Filmoteca, después de ver una película de Bergman (que en sus memorias hace varias referencias a la tristeza suprema del domingo por la tarde) que nos zarandeaba hasta la médula y que nos empujaba a partes iguales hacia el deseo de hacer cine y hacia el cementerio.

Domingos de invierno en una estación de metro en Brooklyn, donde un hombre negro alto como un jugador de baloncesto empezó de pronto a darse cabezazos contra una columna de hierro hasta abrirse la cabeza mientras aullaba: «Odio los domingos, Dios, cómo odio los domingos», y la gente desde el andén de enfrente chillaba: «Sí, hermano, ¿quién no?». (Las huellas de la sangre quedaron durante mucho tiempo en esa columna.)

Y, sin embargo, hasta la tristeza del domingo por la tarde tiene cosas buenas. Conozco parejas que se han conocido compartiendo ese miedo a la tarde del domingo. Conozco gente que empieza una novela siempre en domingo. Otros, durante el rodaje de una película, deciden empezar a rodar justamente en ese momento, dado que, a efectos de la complicada contabilidad ancestral del departamento de producción, cuenta como lunes.

Existen también personas que dicen no sentir nada especial esa tarde, que afirman que lo que a ellos lo que de verdad les deprime es el miércoles por la tarde o el jueves por la mañana. Pero es cosa sabida que hay gente que haría cualquier cosa por ser diferente a los demás, hasta fingir una alegría que no sienten un domingo por la tarde.

Ahora

Ahora, cuando vas al canal donde antes solía estar CNN plus, te topas con unas imágenes borrosas de parejas metiéndose mano bajo colchas horrorosas, mientras destrozan a conciencia el diccionario: te topas con Gran Hermano 24 horas. Ahora, un policía que rescata a una niña de una situación de espanto es detenido por sus superiores con cargos poco menos que irrisorios. Ahora, mientras las tres cuartas partes de la población de Haití se mueren de hambre y enfermedades, hay personas que linchan salvajemente a haitianos a los que culpan de sus males. Ahora sabemos todo de la CIA y estamos en paz con los que todo saben de nosotros: seguimos sin saber nada, con el agravante de que creemos saberlo todo. Ahora mismo, el soldado que grabó encima de «Bad romance» decenas de miles de documentos que llenan la portada de todos los periódicos está mirando la pared que tiene a dos metros frente a él y pensando que quizá se lo podía haber pensado mejor cuando destruyó el CD de Lady Gaga. O no. Ahora, la escultura de 18.000 kilos de Richard Serra yace enterrada debajo de las obras del AVE porque los que la sustrajeron no sabían qué hacer con ella; mientras tanto, la nueva escultura de 18.000 kilos tiene algo extraño, como si no tuviera la misma alma que la que está enterrada. Ahora, gracias a «Mad Men» y a John Galliano, se llevan una vez más las faldas de tubo que hacen los pasos de las mujeres más cortos. Ahora tiene que gustarte el fútbol aunque no te guste. Ahora, los dibujantes de cómics dirigen películas y los directores de cine nos dedicamos al encaje de bolillos. Ahora hay que reinventarse y opinar de todo y tener gurús y *coachs* y asesores y *personal trainers* y paseador de mascotas. Ahora eres un ganador o no eres nada. Ahora hay que vivir en el ahora. Ahora no te dejan subir al avión con una botella de agua que no hayas comprado a precio de brandy en el aeropuerto. Ahora en el aeropuerto de Barcelona venden zumo de naranja envasado como si fuera natural y se mosquean si se lo dices. Ahora todo tiene precio, hasta las cosas que no se compran con dinero. Ahora no te dicen: «Vuelva usted mañana», te dicen: «No vuelva». Ahora resulta

que Elvis está muerto. Ahora resulta que esas parejas tan felices que eran la envidia de todos sus amigos, no eran tan felices y, después de todo, sus amigos tampoco los envidiaban tanto. Ahora gracias a los fármacos podemos tunear las emociones hasta que dejamos de tenerlas. Ahora, seguro que Ruth Rendell está tomando una taza de Earl Grey con *scones* junto al fuego mientras maquina crímenes horriblemente retorcidos y acaricia a su gato. Ahora los políticos rumanos se fotografían en el hospital junto con el electricista que se arrojó al vacío desde el balcón del Parlamento rumano: el electricista está tan maltrecho y tan cubierto de vendas que parece una réplica para un museo de cera de *El paciente inglés*. Ahora mismo más de 560 millones de personas en el mundo se están preguntando qué habrá para cenar. Ahora no existe. Bienvenidos al ahora.

Las guerras del juego

Las imágenes duran poco más de un minuto. Paisaje desértico. Un niño cubierto con una especie de miniburka se despide de una hilera de niños con sendos besos en sus respectivas mejillas. Después de despedirse les da la espalda y la cámara casera le sigue hasta un grupo de otros tres niños, el niño del miniburka les empuja y de repente una explosión de polvo tumba a las tres niñas y al del miniburka. Saltan por los aires, simulando estar muertos y la cámara recoge sus rostros que fingen. Es quizás esa falsa muerte la que resulta más escalofriante por lo cercana que está a los mismos rostros de niños asesinados que vemos cada día en las noticias. Sí, es un juego pero esos niños reconstruyen la realidad que respiran cada día: la de los atentados suicidas en Pakistán. Estos juegos no son nuevos ni tan siquiera una invención de Youtube. En la China de Mao, durante la Revolución cultural, los niños jugaban a denunciar a sus padres. Pronto los obligaron a denunciarlos de verdad y se perdieron las fronteras entre el juego y la realidad. Muchos de esos niños que denunciaron a sus padres no sabían las consecuencias que esos actos iban a tener. La sociedad china ha avanzado muchísimo, pero las huellas de esas cicatrices todavía no se han cerrado, ni se cerrarán hasta que se pueda hablar de ellas con libertad. Durante la Guerra Civil española basta mirar las poderosas imágenes de Agustí Centelles para encontrar escalofriantes fotografías de niños jugando a fusilamientos durante la Guerra Civil. Durante el reinado del Terror en la Revolución Francesa, los niños jugaban a ajusticiamientos populares y se han encontrado guillotinas de juguete para decapitar muñecas. En México, los niños de algunas zonas juegan a masivas venganzas de narcotraficantes. En la realidad, los narcotraficantes no tienen ningún reparo en asesinar y torturar a adolescentes que intentan desengancharse de las drogas que los narcos les han vendido.

No sé si los niños que juegan a atentados suicidas en Pakistán o en Gaza luego se convertirán de mayores en terroristas suicidas. Pero

lo que sí sé es que si crecen en un ambiente donde nadie les enseña que atarse explosivos a la cintura y morir llevándose por delante a varios enemigos no es algo glorioso, sino inhumano e inútil, sus coordenadas morales van a quedar seriamente dañadas. Y si cambiar la brutal realidad que hace que los niños jueguen a lo que ven a su alrededor es un logro, que hoy por hoy, me parece inalcanzable, hay algo que sí se puede hacer: que la madre o el padre de estos niños, o algún adulto que no se haya vuelto completamente loco, les diga claramente que eso está mal, que a eso no se juega, que el polvo que simula una explosión solo se mete en los ojos, que el polvo de una explosión real tiene consecuencias dolorosas e irreversibles. Que jueguen a otra cosa. Por favor, que se vuelva a poner de moda el yoyó.

Vivir

Ver una película. Ver una película en un sofá. Ver una película donde nieva al final en un parque. Ver una película en blanco y negro con actores que ya han muerto y un director que ya ha muerto, pero que te hace sentirte vivo. Más vivo, probablemente, que muchas películas de directores vivos. Ver una película en un sofá rojo después de cenar una deliciosa sopa con alguien a quien quieres aunque él de entrada no quiere ver la película aunque luego sí quiere y se engancha. Ver una película que empieza con una radiografía de un estómago y una voz que dice: «A este hombre le quedan seis meses de vida aunque él no lo sabe». Ver cómo el rostro del actor Takashi Shimura aparece en un extremo del encuadre como una tortuga, como dice la persona que tienes a tu lado. Recordar el rostro del actor de otras películas: *Rashomon, Trono de sangre, Los 7 samuráis*. Tan diferentes aparentemente. Solo aparentemente. Descubrir a Takashi Shimura rodeado de papeles y legajos y montañas de impresos no entregados. Descubrirle entre la muralla de documentos inútiles que le separan de la vida que ha pasado por su lado sin rozarle. Acompañar a este funcionario hacia su casa. Acompañarle al médico. Acompañarle en la oscuridad de saber la muerte cercana. Acompañarle mientras escucha las dolorosas y banales palabras de su hijo. Acompañarle cuando se pregunta si todos los sacrificios que ha hecho han valido la pena. Acompañarle en el miedo no a la muerte sino a la ausencia de vida. Acompañarle mientras despilfarra el dinero que tanto le ha costado ahorrar. Acompañarle mientras bebe y súbitamente se da cuenta que la sentencia del médico es redundante porque lleva muchos años muerto. Escuchar con él una de las canciones más tristes del mundo «Gondola no uta»: «La vida es corta, enamórate, doncella, antes que el capullo floreciente desaparezca de tus labios, antes que las oleadas de pasión se enfríen para aquellos que no conocen el mañana». Ver cómo mira las medias rotas de una joven que está llena de vida pero que no lo sabe y teme al hombre que va a morir porque mientras él quiere absorber la vida de ella, ella teme que le

contagie su muerte. Y compartir ese momento glorioso cuando intuye que todavía le queda una esperanza para vivir y decide que no va a desperdiciar los meses que le quedan. Y va a hacer algo. Algo que redimensionará toda su vida y que se cuenta en la película en una pirueta asombrosa, que probablemente está en contra de todas las enseñanzas de Robert MacKee en sus seminarios de guiones cinematográficos. Asistir al funeral del hombre al que hemos visto volver a vivir. Verle columpiarse bajo la nieve. Sentir cómo se te humedecen los ojos. Sentir cómo la persona que tienes al lado también tiene los ojos húmedos. Y preguntarse si eso no será también vivir: ver una película que se llama *Vivir* en un sofá roja acariciando la nuca de alguien a quien quieres y que tiene los ojos tan húmedos como tú, mientras afuera el tiempo se detiene y parece que va a llover. ¡Viva Akira Kurosawa!

Desgracias

¿Por qué va la gente al cine? ¿Qué esperan? ¿Qué anhelan? ¿Con qué sueñan? Recuerdo que una conferencia de Michael Powell, a la que tuve la fortuna de asistir, pocos meses antes de su muerte, empezaba así. Y a menudo, en muchas y muy variadas circunstancias, me he hecho estas mismas preguntas. Nunca he creído en los finales felices, pero sí en los finales abiertos: aquellos que dejan espacio para la esperanza, para la fabulación, para los infinitos «si». No creo que tenga mucho sentido maquillar la realidad fílmica para hacer que los personajes de una determinada trama, a los que todo les va fatal, de repente encuentren milagrosamente la dicha de vivir, pero tampoco tiene ningún sentido someterles a las peores sevicias para hacer que acaben la película mucho peor de lo que la empiezan. ¿Qué sentido tiene denunciar profusamente los horrores de la vida cotidiana si en la realidad ficcionada que crea un film, no queda ninguna razón que hace que la vida merezca ser vivida? Las películas de Michael Hanecke siempre me hacen preguntarme por qué su autor no ha considerado, antes que hacer una película, la posibilidad de acabar antes con su propia vida. Cuando conocí personalmente a Michael Hanecke, una persona absolutamente encantadora, me di cuenta de que sus películas no son más que fabulaciones sobre el horror, que nada tienen que ver con su aparentemente apacible vida doméstica: el tipo es un farsante genial.

Vi*endo Subma*rino, una película danesa de Thomas Vinterberg, el director *de Celebra*ción, tuve una extraña epifanía: no quiero ver más películas deprimentes, tristes y negras con personajes marginados, marginales, drogadictos, camellos, maltratados por la vida, que encima acaben peor de lo que han empezado. Ni quiero verlas ni quiero hacerlas. Lo cierto es *que Subma*rino se lleva la palma en cuanto a negrura: la historia de dos niños cuya madre es alcohólica y los maltrata, que cuidan de su hermano, un bebé de escasos meses, que muere una noche sin que ellos puedan hacer

nada. Y eso solo son los primeros cinco minutos de la película, a partir de ahí todo va de mal en peor. Como si el director, al que imagino en una prístina e impecable casa danesa de diseño, impecable, vestido con cuidado descuido, estuviera exorcizando todo el confort cálido de la sociedad danesa en una película que podría pasar perfectamente en un suburbio de Minsk. No estoy diciendo *que Subma*rino sea una mala película. Simplemente creo que el director se revuelca de una manera completamente innecesaria en el fango de la peor cara de la sociedad del primer mundo. Pero lo hace de una forma tan evidente, tan poco sutil, que la denuncia de un mundo hostil queda completamente diluida en una trama melodramática que roza el folletín. El espectador acaba haciendo apuestas consigo mismo sobre cuándo acontecerá la próxima desgracia, ¿matará el ob*eso border*line a la mujer a la que han retirado la custodia de su hijo? ¿Morirá el yonqui/camello, dejando huérfano a su hijo? ¿Le cortarán la mano al hombre al que acusan de matar a la prostituta? En fin, que si alguien se levanta un día eufórico y quiere que se le atraviese la jornada, no tiene más que ver esta película. Sí, ya sé que mucha gente califica mis propias películas de deprimentes. Pero, comparadas *con Subma*rino, son musicales de Busby Berkeley.

Canta tu canción

Llevamos media hora sentados a la mesa esperando, pero cuando aparece Harry Belafonte en la sala se hace un breve silencio que es interrumpido inmediatamente por una salva de aplausos que él recibe con simpatía. Tiene ochenta y cuatro años y anda con un bastón pero tiene la piel y la cabeza de un adolescente y la misma voz de terciopelo de cuando cantaba «Banana Song» o «Unchained Melody». Se sienta a la mesa y el ballet de camareros que esperaba para empezar a servir la cena hace su aparición en la sala. El cantante saluda a todos los que estamos sentados a su mesa. La cena es en su honor y en honor de la película documental *Sing your song*, que recoge su azarosa vida como cantante, actor y activista en pro de los derechos humanos en un momento de la historia de Estados Unidos en el que para un hombre negro no era fácil ser escuchado. A lo largo de los años, Harry Belafonte, antes que Sean Penn y otros actores comprometidos protestaran contra el Gobierno americano, habló a favor de refugiados políticos de muchos países, protestó contra el embargo a Cuba y fue el primero en manifestar su oposición a Bush y a la Guerra de Irak. El documental ha sido recibido en Berlín con una enorme ovación y con asombro: la imagen de Harry Belafonte está ligada al Calypso, a un mundo solar, playero y desenfadado, pocos conocían esa faceta de su persona y como él mismo dice en la película: «La gente prefiere imaginarme con una camisa de flores y dos chicas con maracas detrás de mí... y a veces he lamentado decepcionarles». A la mitad de la cena, llega el momento del discurso y Harry Belafonte se levanta para pronunciar uno breve, pero emocionante. Habla de sus recuerdos como soldado, cuando entró con la división de infantería del ejército americano en un Berlín destrozado, de las miradas aterrorizadas en los rostros de las mujeres, de los niños famélicos que no se atrevían a pedirles caramelos porque sus padres les empujaban a pedirles pan. Habla de su emoción al pisar un Berlín nuevo en plena expansión, con rascacielos y miles de edificios en construcción, animado, colorista, alegre, como si lo único que

quedara de aquel Berlín de la posguerra fueran las pequeñas placas doradas en el suelo, ante las casas de los judíos que desaparecieron en los campos de concentración. Los que le escuchamos, vemos su rostro transfigurado mientras cuenta algo que para la mayoría de nosotros es un territorio mítico que conocemos por los libros y las películas. Esta noche, en este lujoso lugar, Harry Belafonte ha conseguido trasladarnos a 1945. Cuando acaba el discurso, se sienta a mi lado y me pregunta por España. No sé muy bien qué contarle, así que le digo que vamos tirando y le pregunto a mi vez por algo que he querido preguntarle desde que vi el documental por la mañana. ¿Se arrepiente de algo? De todo y de nada, me dice. ¿Es feliz? No exactamente, pero he alcanzado una paz alegre. ¿Qué tengo que hacer para obtener esa paz alegre? Me acaricia la mejilla y me dice: Es fácil. Canta tu canción.

El enigma

Uno de los grandes enigmas de la humanidad no es por qué pasamos más tiempo criticando las cosas y a las personas que hablando bien de ellas. Ni de dónde vienen las esculturas de la Isla de Pascua. Ni tampoco por qué, a pesar de los enormes excedentes de comida que hay en el mundo, más de la mitad de la población pasa hambre. Los grandes enigmas de la humanidad tienen que ver con la pareja y el matrimonio: porqué hay parejas que duran, porque otras no, por qué hay gente que vive en armonía sin casarse durante años y cuando deciden casarse no duran ni tres meses, por qué el deseo se desvanece y de repente aparece fugazmente un día, qué hace que haya personas alérgicas al compromiso mientras otras no piensan en otra cosa. Me pregunto cómo podemos pretender que los Gobiernos del mundo lleguen a acuerdos de paz cuando a nuestro alrededor hay parejas incapaces de ponerse de acuerdo en qué fines de semana van a pasar con sus propios hijos o en quién se queda los vinilos de Depeche Mode que compraron juntos cuando se conocieron en Londres.

El cine ha mostrado el matrimonio casi siempre como un infierno doméstico del que los cónyuges intentan huir a través de aventuras extraconyugales o, más a menudo, a través de destrozarse mutuamente. Las películas de Ingmar Bergman se han encargado de vapulear cualquier indicio de felicidad doméstica al que cualquier pareja pueda aspirar. Los inteligentes, articulados y amargados protagonistas *de Secretos de un matrim*onio giran como peonzas sobre los mismos temas sin llegar a encontrar un terreno común en el que puedan sentar las bases de una convivencia más o menos humana. Tienen la misión, de antemano condenada al fracaso, de, como decían en aquella famosa definición del matrimonio, «intentar bailar un dueto y dos solos al mismo tiempo». Bergman siempre deja fuera de la película el amor que alguna vez sintieron sus dos protagonistas, lo que queda es una batalla campal donde apenas quedan jirones de respeto, cariño o ternura. ¿Y qué decir de George

y Martha, los personajes de Albee en la película de Mike Nichols, *¿Quién teme a Virginia* Wolf? Durante dos horas Elizabeth Taylor y Richard Burton se dedican a echarse en cara sus fracasos personales ante la atónita mirada de la joven pareja que los visita que, una vez abandone la casa, deberá decidir qué clase de futuro quiere. Pero en esa lucha efervescente de dos grandes egos que colisionan hay espacio para una especie de tregua agridulce: Martha acabará confesando que sí, que teme a Virginia Wolf, que teme a la vejez y a la realidad que viene con ella y a George le queda, escondido en algún lugar, al lado de sus libros frustrados y su rabia acumulada, amor suficiente para consolarla. Bergman, por el contrario, no otorga a sus personajes capacidad para el consuelo: George y Martha son unos tortolitos comparados con Liv Ullman y Erland Josephson.

Es John Cassavettes el cineasta que, con más belleza, ha sabido retratar al matrimonio en toda su dimensión contradictoria. *En Una mujer bajo la influencia* asistimos a una relación cargada por igual de problemas y de amor genuino. Un amor, que, como sucede a menudo, en la vida real de las parejas, tiene enormes dificultades para expresarse. Pero cuando se expresa con una mirada, un abrazo, un beso, una palabra, enmudece las peleas, los desacuerdos y el miedo.

Hundiendo Venecia

Hará unos tres años vi en París una película francesa, ópera prima de Jerôme Salle, de la que nada sabía pero que me cautivó: *El secreto de Anthony Zimmer*, un *thriller* en estado puro con una pareja protagonista de dos actores que no pueden ser más diferentes: Yvan Attal y Sophie Marceau. El milagro de esta pareja era que conseguían tener una química realmente asombrosa en pantalla y conseguían también algo aún más difícil: que la rocambolesca rozando lo inverosímil trama de *El secreto de Anthony Zimmer* fuera creíble, emocionante y que tuviera al espectador en vilo durante una hora y media sin tregua.

Lo cierto es que cuando supe que el director *de La vida de los o*tros, Florian Henckel, iba a dirigir *un re*make *de El secreto de Anthony Zi*mmer, me picó la curiosidad. Luego, cuando me enteré del casting, Johnny Depp y Angelina Jolie, no albergué demasiadas esperanzas, pero seguía intrigada por el enfoque que el director alemán iba a darle a la historia. El tít*ulo The Tou*rist, debía ya haberme alertado, así como las críticas feroces que la película ha recibido por doquier, pero como en el fondo soy una persona llena de ilusiones inocentes, decidí darle un margen de confianza y me dirigí a un cine de mi barrio a ver el film. Bueno, film, por llamarle de alguna manera, porque lo que siguió fueron probablemente los noventa minutos más tirados a la basura de mi vida (si no incluimos los momentos que me paso haciendo cola en la tienda de Nespresso). Resumiendo: no es *que The Tou*rist sea una mala película, es que no es una película. Es un catálogo de joyas andante (todas las que lleva Angelina se pueden comp*rar on*line). Un muestrario de pelucas (desde los tiempos *de ¿Qué fue de Baby J*ane? que no había visto un disparate capilar semejante). Un compendio de sinsentidos (la perla de los cuales es el momento en que Jolie le dice a Depp, que habiéndose operado la cara como es que ha escogido la cara... ¡de Johnny Depp! La otra perla es el momento en que unos tipos le miran el culo a Angelina Jolie y la cámara enseña

un primer plano de un culo plano, con un vestido que le queda grande y unos andares más propios de Los Morancos que de una seudoaprendiza de Ava Gardner). Un decálogo de lo que una actriz no debe hacer (cualquier plano de Angelina Jolie mirando «sutilmente» a derecha e izquierda y sonriendo por la calle basta para que este año le den todos los «razzies» habidos y por haber). Un manual de lo que un director no debe hacer (esos subrayados musicales infectos, esos extras que miran a Angelina Jolie como si fuera una aparición de la Virgen de Lourdes, esas grúas sobre los canales de Venecia que nunca han sido fotografiadas tan vulgarmente). Viendo (mejor sufrien*do) The Tou*rist, uno se pregunta cómo nadie de los que la han hecho se dio cuenta de hasta qué punto estaban metiendo la pata. Quizá ninguno de los que la hizo malgastó su tiempo viendo una pequeña película francesa llam*ada El secreto de Anthony Zi*mmer. Probablemente estaban todos demasiado ocupados colocándole la peluca a Angelina.

Come, reza, bosteza

Hará unos cinco años, no había lugar en Norteamérica donde uno pudiera estar a salvo del fenómeno *Eat, pray, love* de Elisabeth Gilbert. Ibas a una lavandería y te encontrabas a dos mujeres leyéndolo. Cogías un avión y ahí estaban por lo menos tres mujeres y dos azafatas con el libro. En los cafés. En los vestíbulos de los hoteles. En los escaparates de las librerías. En la tele con Oprah, con David Letterman, con Jay Leno, con Conan O'Brien. Así que cuando una amiga bienintencionada me regaló el libro de marras, decidí echarle una ojeada. Después de veinte páginas, renuncié: es la clase de libro que saca lo peor de mí. Que me hace preguntarme con perplejidad qué funciona mal en la psique de todas esas mujeres que han convertido a este libro en un mega *best seller*.

Y ya me había olvidado de esa sensación cuando me metí en una sala de cine a ver la adaptación cinematográfica *de Come, reza,* ama. Hacía tiempo que no me sentía tan avergonzada de estar sentada en una sala de cine. La película, creo que, incluso para aquellos que se interesaron por el libro, es pura pornografía sentimental. Desde el primer momento en que interviene la voz de Julia Roberts contando una anécdota de una amiga suya psicóloga y unos refugiados camboyanos, hasta el plano final donde Julia Roberts y Javier Bardem parten en una barca hacia una isla paradisíaca, no hay tópico, estereotipo, lugar común, cliché que no haga su aparición estelar en algún momento de la cinta. Y en la médula de todo, el gran problema del film: ¿Cuál es el problema de Elisabeth? ¿Qué hace que queramos acompañarla en esta especie de catálogo de agencia de viajes donde los italianos parecen sacados de un anuncio de Martini (de hecho hay momentos en que te preguntas si toda la película no es un largo anuncio de American Airlines), los hindús parecen perennemente felices a pesar de que a una niña la obligan a casarse con alguien a quien no conoce y los balineses sonríen constantemente aunque no tengan dientes, para no hablar de esa especie de indefendible parodia de brasileño que intenta defender

como puede Javier Bardem?

El problema de la película es que no hay ningún problema, que es imposible simpatizar con un personaje al que no le pasa absolutamente nada, porque simplemente no existe. Vale, ella está aburrida del marido y lo planta y de repente se lía con James Franco (la pobre...) que la lleva de ejercicios espirituales con su gurú y luego se va a Italia a comprarse un tejano dos tallas más grande. Cada vez que Julia Roberts tiene una epifanía (y en la película se pasa la vida teniéndolas, sea en la cama cuando súbitamente descubre que no quiere a su marido, hasta comiéndose un plato de pasta, pizza, helado o visitando a un chamán balinés), reconozco que me costaba reprimir las ganas de gritar: pero ¿cuál es tu jodido problema? No hay término sagrado que en la película no sufra su degradación particular. Y encima, cada primer plano de Julia Roberts tiene un pedazo de filtro digno de Sarita Montiel *en El último c*uplé y el director tiene la desfachatez de utilizar la música sublime *de El último tango en P*arís, para lo que se necesita atrevimiento. Es la primera vez que pienso que una película la debería haber dirigido Lars von Trier. Al menos, al final, Elisabeth hubiera tenido su castigo.

Jafar Panahi

En una de las películas dirigidas por Jafar Panahi, escrita por Abbas Kiarostami, el protagonista, un errático repartidor de pizzas con problemas mentales producto de su estancia en el ejército (el actor que lo interpretó era, en la vida real, esquizofrénico), es insultado, humillado, olvidado, apartado por gente de diversos estratos sociales en Teherán, hasta que estalla en una escena que abre y cierra el film. Pensemos en cuántas películas y libros con ese tipo de trama (hombre que ha vuelto de la guerra para encontrarse con una sociedad que le rechaza y en la que está de más) hay en la cinematografía mundial. Sin ir más lejos, en la americana se pueden contar fácilmente por centenares. Pero el único cineasta que ha hecho una película así y que actualmente va a pasar seis años de cárcel por eso y al que se le ha prohibido volver a hacer películas es Jafar Panahi. Pero no es la primera vez que Jafar va a la cárcel. En 2001, cuando acudió a Estados Unidos para presentar su película más conocida *El globo blanco*, su visado no era el correcto y cuando no quiso que le tomaran las huellas dactilares, fue detenido, esposado y tuvo que pasar la noche con las esposas puestas en el suelo de la comisaría del aeropuerto Kennedy, hasta que los de la distribuidora convencieron a la policía que Jafar no pensaba poner ninguna bomba, sino tan solo presentar una película sobre una niña que quiere un pez para Año Nuevo. Mientras tanto, en Irán se le ha acusado repetidamente de trabajar para la CIA y para todos los Gobiernos extranjeros. Las películas de Jafar tienen generalmente una estructura circular, acaban en el mismo lugar en el que empiezan aunque sus protagonistas hayan tenido una peripecia personal que los haya transformado completamente. Son áridas, secas, no hay concesiones al sentimentalismo ni a la sensiblería, aunque cuenten historias escalofriantes que, en algunas ocasiones, están emparentadas con las tramas más absurdas de las novelas de Kundera: mujeres que deben disfrazarse de hombres para ir al fútbol, niñas que quieren un pez, prostitutas que oficialmente no existen aunque todos sepan dónde están. En sus películas, podemos

atisbar la realidad de un país donde conviven las más estrepitosas contradicciones y donde un pueblo entre la resignación y la indignación intenta sobrevivir como le dejan. Jafar Panahi no se limita a mostrar los aspectos más negativos de la sociedad iraní, hay siempre en sus películas un auténtico amor a sus personajes y a su tierra. Pero esa clase de amor indigna a los iraníes porque pone en solfa algo tan simple y amenazador como que los que allí mandan en realidad desprecian a los iraníes y lo único que les importa son sus jodidos intereses. En el verano del año pasado, Jafar fue arrestado por asistir al funeral de un chico de diecinueve años que había sido asesinado por las fuerzas del Gobierno. Pasó tres meses en prisión y salió bajo fianza, después de una huelga de hambre. Ahora ha sido condenado a seis años de prisión y a veinte años de inhabilitación profesional. En su última entrevista en septiembre dijo: «Cuando un director no hace películas es como si estuviera encarcelado». Vean sus películas, es la única manera de hacer que Jafar Panahi sea libre.

Brazos y manos

Coinciden por una extraña casualidad en la cartelera, dos películas nominadas a los Oscar, aparentemente muy diferentes, pero que contienen elementos comunes.

Una es *Winter's Bone*, una película de la directora Debra Granik, ambientada en los bosques de las montañas Orzak de Misuri en una comunidad de gente pobre, ignorante y desconfiada, que se gana la vida fabricando metanfetamina y otras drogas ilegales en rudimentarios laboratorios aislados. La protagonista, Ree, de diecisiete años, al cuidado de dos hermanos pequeños y una madre trastornada, tiene que encontrar a su padre, porque este ha puesto la casa familiar como garantía para una fianza. Si el padre no se presenta, les van a desahuciar. *Winter's Bone* es la peripecia vital de Ree (una brillante Jennifer Lawrence) desafiando la conspiración de silencio que rodea a la desaparición de su padre, entre sus propios parientes y vecinos.

La otra película que mencionaba *es 127 h*oras, del director inglés Danny Boyle. La historia real del aventurero Aron Ralston que, en 2003, decidió explorar en solitario Blue John Canyon, una zona montañosa de Utah. Cuando se quedó atrapado en una pared de roca, supo que nadie le iba a sacar de allí y decidió —decisión que le salvó la vida— amputarse él mismo el brazo atrapado para conseguir salir de allí.

Ambas películas tratan de la supervivencia en las montañas. Ambas películas contienen elementos hasta cierto punto parecidos: en una el protagonista (James Franco) debe tomar la decisión de desprenderse de su propio brazo si quiere seguir viviendo. En la otra, Ree debe buscar a su padre vivo o muerto si quiere que sus hermanos sigan unidos y tengan un techo sobre sus cabezas. En un momento de la historia, Ree debe tomar una macabra decisión: cortarle las manos al cadáver de su padre para llevárselas al sheriff

y demostrar que ha muerto para que no les arrebaten la casa. Ambas escenas en ambas películas son el clímax de las mismas. Pero ahí acaban y terminan sus similitudes. Mientras que el punto de vista del director Danny Boyle *en 127 ho*ras consiste en mostrar, con todo lujo de detalles, la amputación del brazo, tendón a tendón, fibra a fibra, centímetro de piel a centímetro de piel, sin ahorrarnos nada, en una de las escenas *más* gore y realistas de la historia del cine, la directora *de Winter's* Bone ha optado por un tratamiento diametralmente opuesto: cuando Ree es conducida en medio de la noche en una barca por dos mujeres al lugar donde los que han asesinado a su padre han ocultado el cadáver, no logramos ver bien qué es lo que está pasando, pero el rostro de Ree, nos lo cuenta todo: el sonido de la sierra eléctrica cortando las manos del padre muerto, yuxtapuesto al genuino horror en la cara de la actriz, logra un efecto sorprendentemente eficaz y económico. El sufrimiento de Ree, su desesperación ante la crueldad del ambiente en el que le ha tocado vivir es tan palpable como los tendones seccionados *de 127 h*oras. Pero el espectador comparte su barca con ella mientras admira a Aron desde una prudente distancia.

Oscar 2011: lo *kitsch*, lo ridículo y lo justo

Anne Hathaway parecía estar pidiendo a gritos que alguien le diera una dosis masiva de Ritalin, esa medicina para niños hiperactivos: hacía tiempo que no veía a alguien tan lleno de energía, vigor y mohínes. James Franco intentaba mantener la compostura embutido en trajes demasiado estrechos. Juntos componían la pareja con menos química del cine mundial, con excepción de Johny Depp y Angelina Jolie en *The Tourist*. El público echaba de menos a Billy Cristal, yo echaba de menos a Steve Martin o a Ricky Gervais. Los cronistas de la alfombra roja tienen carnaza de sobra, las próximas semanas, para elucubrar sobre la mejor vestida: todos estarán de acuerdo por unanimidad que la peor fue Helena Bonham Carter, a la que alguien debería subvencionar para que acudiera a todas las alfombras rojas del mundo porque es la única actriz del planeta a la que de verdad le importa un bledo todo este circo absurdo. Soy gran fan de esta impecable actriz, cuya discutible pero entrañable querencia a los corsés del todo a cien no la hace a mis ojos menos impecable. Porque lo que un director quiere de una actriz es que pueda interpretar a la reina de Inglaterra y a una furcia con la misma credibilidad y empeño, no que actúe como un escaparate pagado de las grandes marcas y los grandes diseñadores. Mientras tanto, en la bizarra ceremonia que precede a la entrega de premios, lo más parecido a un mercado de esclavos de lujo que me ha sido dado contemplar, Nicole Kidman (de Dior: ¿habrá visto el vídeo en que Galliano dice que ama a Hitler?) y Sandra Bullock competían a ver quién tenía la frente más tirante: ya durante la ceremonia se resolvió el enigma porque Kirk Douglas las ganaba. Muy triste. Espartaco con rasgos de Aramís Fuster. ¿Para qué? Debe ser cosa de familia, porque su hijo Michael empieza a metamorfosearse en otra persona no más joven, pero sí más rara. Alguien del Ayuntamiento de Toledo le debería enviar con urgencia un Tupper de migas castellanas y unos cochinillos a Gwyneth Paltrow: su exiguo vestido plateado de Calvin Klein le quedaba grande por todos lados, en qué estaría pensando Francisco Costa.

En cuanto a los premios, todo predecible. Agradecimientos a padres, madres, agentes, esposas y esposos: debería abolirse esta práctica abominable que es solo la antesala de divorcios inminentes. Lo más justo fue el premio al mejor document*al, Inside* Job, quizás una de las mejores películas de terror de estos últimos años: describe con una claridad aterradora las razones del marasmo económico en el que vivimos. También me pareció muy justo el premi*o a In a Better W*orld, de la gran cineasta danesa Susane Bier. Vale, lo admito, es amiga mía. Pero la película es valiente y lo merece. No se la pierdan. Lo más injusto es que la mejor película del año pasa*do, Animal Kin*gdom, se fue sin nada. Pero los Oscar son así.

Lo verdadero y lo verosímil

En los últimos tiempos y desde las tribunas de toda la prensa se cruzan encendidas defensas de la libertad del periodista para fabular y, por otro lado, de la necesidad de contrastar los hechos y decir la verdad. Todo esto fue desencadenado por un artículo sobre la ley que impide fumar en los lugares públicos donde el autor, tras atacar la ley susodicha, decía que no había fumado nunca, cuando, al parecer, es un fumador empedernido. A este artículo siguieron defensas y ataques que tuvieron su culminación en el surrealista artículo en el que se hacía referencia a la presencia de un conocido escritor en un burdel: una mentira. Quien más, quien menos, todos los que escribimos en un periódico o en un suplemento dominical, que no hablamos de temas ligados a la realidad inmediata, algunas veces adornamos las cosas. Ahora bien, ese «adorno» para mí no tiene razón de ser cuando sustancialmente modifica el punto de vista del artículo, da falsas pistas sobre ese punto de vista y contiene calumnias y mentiras que no pueden justificarse de ninguna manera.

El género del «falso documental» (*mockumen*tary) lima las diferencias entre realidad y ficción y se sitúa a caballo entre ambas: pretende hacer pasar como realidad documental imágenes y situaciones que no se producen por casualidad delante de la cámara sino que están estudiadas, producidas y preparadas de antemano. El caso de la película de Casey Affleck sobre Joaquin Phoe*nix I'm Still* Here es quizás uno de los casos más extremos de este tipo de cine, lejos de las desternillantes películas de Christopher Guest y su fabulosa troupe de actores.

I'm Still Here es un film áspero, desagradable y muy creíble. Durante dos años, el actor y su cuñado Casey Affleck rodaron esa cinta, intentando convencer al mundo que rodaban un documental «auténtico» sobre la decisión del actor de dejar el cine y empezar una carrera como cantante de hip-hop. Joaquin Phoenix interpreta

a Joaquin Phoenix, en un momento de su vida justo después de actuar *en Two Lo*vers de James Gray (quizá su interpretación más conmovedora). El actor se droga. El actor maltrata a sus amigos. El actor engorda. El actor escribe canciones malísimas. El actor persigue a P Diddy para que produzca su disco. El actor hace el ridículo a escala mundial en lo que ya es una legendaria aparición en el show de David Letterman, donde apenas consigue murmurar unas palabras. El actor es Joaquin Phoenix con su cara, sus kilos, su padre y su cuñado (Casey Affleck) interpretando a Joaquin Phoenix bajo los efectos de algún anestésico para caballos. Las numerosas capas del film no ocultan la futilidad del proyecto: desenmascarar la vacuidad de la vida de las estrellas de cine y sus comportamientos caprichosos no debería hacerse a costa de aburrir al personal y sembrar la duda sobre la salud mental de Joaquin Phoenix, un excelente actor terriblemente equivocado. Ojalá los directores ignor*en I'm Still* Here y sigan llamándole. Aunque yo, si fuera James Gray, estaría muy enfadada...

Si estás muerto, ¿por qué bailas?

Siempre me había gustado el título de esa película de Alfredo Landa y pensé súbitamente en él en el pasado Festival de Cannes. Mientras las estrellas más rutilantes del cine mundial efectuaban ese curioso paseíllo a caballo entre parada de los monstruos y desfile de moda que sucede sobre una alfombra roja, escuché a Catherine Deneuve —la última estrella europea, con permiso de Jeanne Moreau— murmurar entre dientes que se dibujaban a través de sus labios teñidos de granate intenso, mientras miraba con una cierta conmiseración a los fans que la aclamaban apostados a la entrada del Palais: «Supongo que estos serán los que también vendrán a mi funeral, así que voy a bailar para ellos». E inmediatamente avanzó hacia el centro de la alfombra y se pintó en su cara ese amago de sonrisa que es la marca de la casa que ofreció a los fotógrafos enfervorecidos y a los cazadores de autógrafos que rugían «¡Catherine!». La actriz de *Tristana* y *Repulsión* encarna a un pedazo de la historia del cine, de un cine que no sé si murió, como dice Peter Greenaway, cuando se inventó el mando a distancia, pero que hoy a mucha gente se le antoja tan periclitado como los móviles con antena o los cigarrillos mentolados. La comunión con la pantalla que excluía al mundo exterior y permitía al espectador una experiencia personal, intransferible y fuera del tiempo está agonizando. Mal que nos pese, esa densa oscuridad del fuera de campo de una sala de cine está dando sus últimos coletazos. Ver una película en casa, sea en un monitor de televisión o en la pantalla de un ordenador, es un acto de consumo cuyo fuera de campo es la cotidianidad: los niños que juegan, la cafetera que silba, el desorden en las estanterías, la vida doméstica que lima la abstracción que propone una película, cualquier película. El espectador de hoy, mientras ve una película en su ordenador, come, fuma, twitea, contesta correos, cuelga comentarios en los muros de los amigos. Así son las cosas. La relación entre lo visible y lo invisible se ha modificado. La noche artificial en la que te sumerge una película vista en una sala no tiene ya el carácter sacro que tenía

para muchas generaciones de espectadores. Esa banalización del disfrute, unida a la asombrosa ceguera de avestruz de los canales de distribución, que si viven en el mismo planeta que los espectadores lo disimulan muy bien, hace que el acto de descargar una cinta no cree ningún problema en los internautas. Una película en este momento de la historia es un entretenimiento escasamente relevante comparable a unos cromos de un álbum que no nos emocionan especialmente y que se cambian cuando uno ya los tiene repetidos o medio vistos. Las películas ya no modelan nuestros puntos de vista sobre el amor, la política, la historia, las relaciones: han dejado de ser fundamentales. Ignorar esta disminución de la influencia del cine en la vida es algo que los cineastas no podemos permitirnos ignorar. La nostalgia, aunque inevitable, es un error (Simone Signoret *dixit*) que puede costarnos la supervivencia. Es nuestro deber saber (o intentarlo al menos) dónde estamos y avanzar, aunque sea a ciegas y con multitud de traspiés, hacia algo que no conocemos aún, pero que nos va a llevar muy lejos de la zona de confort donde estamos instalados. Arriesgar, experimentar, explorar lo desconocido, poner lo mejor de nosotros en lo que hacemos sin tener el ojo puesto en la taquilla, el prestigio o nuestra propia vanidad es el único camino posible que se me ocurre. No es, por supuesto, nada nuevo: es exactamente lo que preconiza Rilke en *Cartas a un joven poeta*, el único libro que recomiendo cuando me dan la oportunidad de dar clase en alguna escuela de cine. En los últimos tiempos he tenido conversaciones con cineastas de todo el mundo, desde estudiantes que están empezando a estudiar cine, hasta gente consagrada como Stephen Frears y John Sayles, pasando por Wim Wenders, Kore Eda, Olivier Assayas, Agnès Varda o Alejandro González Iñárritu y estas son las pocas pero contundentes conclusiones a las que todos llegamos: hacer películas en las que creamos absolutamente. Con o sin dinero. Documentales, epopeyas, docudramas. Con o sin ayudas institucionales. Cortos, largos de ficción, mediometrajes, minipelículas de minuto. En 70 mm o con una aplicación del iPhone. Para las salas de cine, para la red, para la tele o para una proyección en el terrado de nuestros vecinos. El cine, gracias a las nuevas tecnologías, afortunadamente ya no es el tren eléctrico más caro del mundo como decía Orson Welles. Otra cosa es que los que quieren hacer cine quizá lo que en

realidad quieren es un instante de esplendor en la alfombra roja. Algo pasajero, burbujeante, efímero, banal. Y, si me preguntan, muy muy aburrido. Son cosas diferentes y, a menudo, contradictorias.

Las rencillas de patio de colegio que tienen un eco, a mi modo de ver, completamente sobredimensionado en las páginas de los periódicos estos últimos tiempos y que tienen por protagonistas a miembros de la Academia son una pintoresca cortina de humo que oculta los temas que he señalado antes: la pérdida de peso del sector cinematográfico en el concierto de la cultura, el abismo entre quiénes somos y lo que representamos, la incomprensible confusión entre instituciones y personas. Los problemas del cine español —como los problemas del cine en todo el mundo— tienen que ver con una disminución gradual de los espectadores en circuitos convencionales. Asusta mirar las estadísticas: 140 millones de espectadores en 2004 (por no retroceder aún más), 104 millones en 2008. En 2010, las salas perdieron un millón de espectadores al mes. Los datos difieren según los diferentes estudios, pero todos coinciden en que la bajada de 2010 ha sido la más pronunciada. Repito: no solo en España. También en los países donde hay un control de las descargas del que aquí carecemos y donde es posible por un precio más que razonable bajarse una película y sus extras, con todas las garantías. ¿Estos espectadores que han dejado de ir al cine son los que se bajan las películas en la red o se las compran a los chinos que venden por los bares (que cada vez se ven menos)? Yo creo que no. La gente deja de ir al cine por múltiples razones: porque pierden el hábito, porque no hay nada en la cartelera que les motive, porque prefieren gastarse cien euros en una entrada de fútbol, porque se enganchan a las series de HBO, porque tienen niños y sale por un pico el cine y las horas del canguro o porque simplemente pasan: no es algo importante en sus vidas, lo arrinconan hasta el olvido. ¿Es posible recuperarlos? No lo sé. Lo único que sé es que en este momento en que nos encontramos, más que nunca, el deber de un cineasta es construir un punto de vista sobre la realidad (y en eso incluyo a cualquier tipo de cineasta desde el más oscuro y minoritario al más comercial), saber dónde está, empaparse de las cosas que pasan (aunque luego haga una película de zombis en el espacio) y empeñarse en ser lo más libre

que pueda. Aunque duela. Aunque te pongan a parir. Aunque dé vértigo. Porque aunque el cine haya muerto, los cineastas vamos a seguir bailando. Es el único favor que podemos ofrecer a los espectadores. Ojalá aún estén dispuestos a bailar con nosotros.

New York, New York

En *Oprah*, el programa que nadie admite ver pero que nadie, en toda Norteamérica se pierde, esta tarde aparecen juntos por primera vez desde *The Way We Were (Tal como éramos)* Barbra Streisand y Robert Redford. Él se parece al personaje de la película como un huevo a una castaña, ella se parece más: las feas envejecen mucho mejor. Los dos sentados delante de Oprah intentan ser simpáticos el uno con el otro y no lo consiguen. Se palpa una extraña incomodidad en el plató. El encuentro me deja un regusto amargo, prefiero recordar la película y la pegajosa canción que me hace llorar siempre. Salgo a la calle. Llueve como solo llueve en Nueva York y en Moscú, con rabia, como si las nubes estuvieran realmente enfadadas con los humanos. Avanzo durante siete manzanas, intento parar un taxi y no lo consigo. Me coloco en una esquina, pongo cara de cabreo y levanto el brazo como si fuera la estatua de la Libertad. El taxista que me lleva es haitiano y no reconoce la dirección que le doy. Dentro del taxi, un monitor de televisión ofrece noticias escasamente relevantes: se separan los padres de Hanna Montana, Mariah Carey está embarazada, ha nacido un bebé de más de seis kilos en Brooklyn, un cocinero de veintinueve años ataca a un anciano de ochenta y uno porque este le había empujado en una acera de Greenwich Village. Pasamos por delante de donde graban el programa de David Letterman y me doy cuenta que vamos en la dirección opuesta, el haitiano no me escucha y empieza a cantar. Me resigno a ir donde quiera llevarme. Ahora bruscamente gira y da la vuelta mientras sigue cantando. Quizá con suerte me lleve adonde voy. Los ciclistas suicidas, cargados con mochilas a prueba de agua, se mojan las trenzas y pasan veloces. A través de los cristales mojados del taxi, la noche se llena de anticipación y misterio. Finalmente, por alguna extraña razón, que solo conoce el haitiano, me deja a tres calles del restaurante. Voy andando mirando el suelo para no mojarme las gafas y tropiezo con Adrien Brody con un perro. Ambos tienen la misma mirada. Huele a sopa de repollo, a salchichas y a cacahuetes con miel, todo a la vez. Dos

hispanos discuten en una esquina, ella grita, él hunde la cabeza y musita algo que ella no oye, lo que la hace gritar más. Una mujer con un andador cargado de cosas les grita a su vez y ahora ambos le gritan a ella. En una farola hay un cartel colgado: «Se ha perdido un unicornio, llamen y tendrán una recompensa». Llego finalmente al restaurante donde me esperan. Está oscuro como todos los restaurantes de Nueva York, que parecen preparados siempre para un apagón eléctrico o una cita romántica. Cuando llego, mis amigos ya llevan una ronda de cócteles de nombres exóticos. El local está lleno a pesar de ser un lunes por la noche y se respira una vibrante atmósfera de anticipación y caos. Pido una copa de vino español y todos recordamos los tiempos en los que el vino español era lo más barato y lo menos *cool* que uno podía pedir en un bar neoyorquino. Y justo cuando nos traen unas aceitunas enormes, pregunto: ¿alguien ha visto últimamente un unicornio por la calle?

Cafés con piernas

La primera vez que oí la expresión, pensé en un personaje escapado de *Alicia en el país de las maravillas*: una taza de porcelana rezumando café provista de unas gráciles piernas persiguiendo a un conejo con un reloj. Pero aquí, en Santiago de Chile, los cafés con piernas son cafeterías muy céntricas donde mujeres en ropa interior sirven cafés, tés y zumos, no alcohol. Los hay de varias clases, desde los más recatados como los de la cadena Haiti o Caribe, donde las chicas llevan minifaldas y escotes, hasta los de la calle Rosal, donde las camareras van vestidas con tangas y sucintos sujetadores. El concepto es un invento totalmente chileno, y algunos dicen que ir a un café con piernas es la única cosa verdaderamente genuina que se puede hacer en Santiago de Chile, además de visitar una de las casas de Pablo Neruda.

El café con piernas original se llama Barón Rojo y una leyenda urbana dice que cada día hay un «minuto de oro» donde las chicas ha*cen stript*ease integral. También se dice que más de uno ha muerto de un infarto, no de ver a las chicas, sino de tomar incontables cafés esperando el minuto de oro. Decido ir a desayunar a uno de estos cafés. Al entrar, me llama la atención que el centro de la barra está elevado de modo que la minifalda de la camarera esté situada por encima de la barra y los clientes puedan tener una visión completa de sus atributos. A las nueve de la mañana hay un público de hombres trajeados, alguna mujer y emigrantes bolivianos tomando cafés con un vaso de agua mineral con gas. Lo mismo que en cualquier cafetería de cualquier ciudad española. Las chicas parecen absolutamente ajenas a ese público de hombres que les miran el culo sin disimulo. Al parecer, nadie intenta propasarse con ellas, según me cuenta Iris, la chica que me sirve un «café manchado» y que lleva trabajando dos años en diversos cafés con piernas. Yo no puedo apartar los ojos de los hombres que miran a las chicas. Hay algunos que parecen habituales y saludan con grandes abrazos y besos a las chicas. Hay algo de incongruente, infantil y

completamente absurdo en las minifaldas, las miradas, los abrazos... Me pregunto qué dice este lugar sobre las relaciones entre hombres y mujeres. ¿Son los cafés con piernas un símbolo de la toma de poder de las mujeres, de *su empower*ing, como se diría en inglés, como sostienen algunos sociólogos? ¿Son un eslabón más en la cadena de mercantilización del cuerpo de la mujer, de su apropiación por parte del hombre/capital? ¿Son una prueba más de la infantilización progresiva del género masculino? Probablemente son todas esas cosas y algunas otras. Aquí, en Santiago, las opiniones están divididas, aunque la mayoría de la gente los considera una simple anécdota de la que es mejor no sacar muchas conclusiones. Hace unos años, se abrió un café con piernas para mujeres donde chicos argentinos en tanga servían cafés con leche a amas de casa que iban a la compra con el carrito. El lugar tuvo que cerrar por falta de clientela.

Me tomo el café que me ha servido la simpática Iris y no puedo evitar una mueca de asco: es un café realmente malo. Quizás ahí está la clave de los cafés con piernas: las chicas ligeras de ropa tienen como única función distraer a los clientes para que no se fijen en lo malo que es el café.

En las nubes

Llevo veinticuatro horas en las nubes. He salido de Santiago de Chile a las cuatro de la tarde y, tras trece horas de vuelo, he llegado a París, donde tras cuatro horas de espera, he tomado un avión que tardará otras trece horas en llegar a Shangai. Tres continentes en día y medio. Desde la ventanilla solo distingo nubes grises de diferentes tamaños, el capitán ha dicho que estamos sobrevolando Siberia. No puedo dormirme. Estoy demasiado cansada para dormir. Me duelen todos los huesos de la espalda y de otros lugares que ni sabía que tenía. He visto casi todas las películas que ponen y las que no he visto antes, prefiero no verlas. Las películas en un avión se me antojan simulacros de películas: más pequeñas, más grises, más insignificantes. Siento que de alguna manera, mirarlas en esta pequeña pantalla es traicionar a los que trabajaron en ellas, reducir y minimizar su trabajo. Miro las informaciones de vuelo. Todavía quedan 4.500 kilómetros y la temperatura en el exterior es de –58 grados. Ahora mismo estamos sobrevolando una ciudad siberiana llamada Omsk. Quizás en este momento un niño siberiano de Omsk esté mirando este mismo avión y señalándoselo a su *babuschka*. Quizá su *babuschka* jamás haya salido de su aldea y no puede imaginarse que el avión que vuela por encima de ella va lleno de chinos mirando películas de Julia Roberts. Quizá se imagine el interior de un avión como un pedazo volador de la mansión de Hugh Heffner. Con palmeras de plástico y piñas coladas por doquier cuando los aviones llevaban cocineros a bordo y ser azafata era la profesión más glamurosa con que podía soñar una chica. Ahora ya estamos en Nobosibirsk. Parece que hace tan solo un momento estaba sobrevolando los Andes, quizá las montañas más imponentes del mundo. Volar ya no es lo que era. Los neceseres que les dan a los pasajeros de *Business class* no tienen ni tan siquiera pasta de dientes y se terminaron los ofrecimientos continuos de manjares y bebida que convertían a los pasajeros en los gordos personajes que habitaban la tierra en la película de animación *WALL-E*. Para no hablar de lo que significa volar en una compañía *low cost*: lo más

cercano a estar encerrado en un criadero de pollos o conejos, con el agravante que ni siquiera te alimentan. Hace apenas dos semanas un azafato (o es auxiliar de vuelo) de una compañía aérea norteamericana llamó la atención a un pasajero porque se levantó a recoger su maleta antes que el avión, que ya había aterrizado, hubiera llegado a su destino definitivo. El pasajero cogió la maleta y le dio con ella al azafato en la cabeza. El azafato pidió una disculpa. El pasajero se rio de él y el azafato cogió una lata de cerveza y pulsó la alarma del avión. Inmediatamente el avión frenó en seco y se abrieron las puertas de emergencia; mientras el azafato bajaba por la rampa de seguridad hinchable se le oyó gritar: ¡quince años aguantando esta mierda, no puedo más! Por supuesto, la compañía le ha despedido. Yo no recuerdo su nombre, pero la imagen de ese hombre harto de soportar a pasajeros malhumorados, tocacojones, harto de largos turnos transoceánicos, harto de sonreír sin ganas y de despertarse en un lugar sin poder decir cuál, bajando por la rampa con la lata de cerveza en la mano, se me antoja un pequeño triunfo, que celebro mientras sobrevolamos China con un sorbo de cerveza.

Excursión ilegal

Siete de la tarde. Sábado. Me llama un amigo por teléfono: venía de Zaragoza, donde acababa de tocar con su grupo, en un autocar se dirigían a Milán a otra actuación, se habían parado en Barcelona para ir a una farmacia porque uno de los del grupo sufría dolor de muelas y para comprar algo de comida, y les ha parado la Guardia Urbana en la rotonda que hay al lado de las Atarazanas. La patrulla no hablaba inglés, ellos no hablaban español y nadie entendía por qué la policía les había parado y se había llevado toda la documentación del autocar. Salí zumbando hacia el lugar de autos. Cuando llegué estaban los doce del grupo, mi amigo, el otro conductor y el mánager, desconcertados, esperando a Godot. Todos los papeles estaban en regla, llevaban dos conductores, el kilometraje del flamante autocar estaba en orden, ni siquiera tenían una botella de cerveza en el vehículo. No entendían por qué les habían parado. Al cabo de unos minutos, llegó la patrulla y le pregunté a uno de los agentes qué estaba pasando. Al parecer, les habían parado al azar, estaban haciendo un «control rutinario» que hacen a todos los autocares que se paran en Barcelona y sí, todo estaba en regla menos un pequeño detalle; que en la hoja de ruta del autocar ponía que iba de Zaragoza a Milán, pero no especificaba la parada en Barcelona. «¿Me está usted diciendo que esta gente no puede pararse a comprar un analgésico ni unos bocadillos de jamón?». «Si no lo pone el papel, no, porque lo consideramos una excursión ilegal, oiga, y si quieren irse de aquí, tiene que ir a la comisaría A97 de la Zona Franca y pagar una multa de 201 euros en metálico, no se aceptan tarjetas, aquí tiene los papeles y dígaselo a estos ¡que se han puesto muy nerviosos y me han faltado al respeto!». Con calma, intento explicarle que si se han puesto nerviosos es debido a que no hablan español y a que no entendían por qué les habían parado. «Usted se lo explica. Nosotros nos vamos, aquí tiene el papel». Así que ahora me quedaba la papeleta de explicarles que tenían que pagar 201 euros por haberse parado en Barcelona. No lo entendían. Tampoco lo entendía yo. Pero les

acompañé a la comisaría en un taxi. Allí volví a preguntar cómo era posible que tuvieran que pagar una multa por algo perfectamente natural. Me volvieron a soltar el rollo. «¿Y cómo es que tiene que ser en metálico?» «Porque estamos en fin de semana». Ahí perdí la paciencia. «¿No se da cuenta que esta gente está pensando que esto es un soborno? ¿Qué solo en países como México pasan estas cosas?». Opté por callarme porque mi amigo tenía que volver a la ruta, y ya habían perdido tres horas con todo esto. Pagaron la multa. Les devolvieron los papeles. Me sentí avergonzada de vivir en una ciudad donde no solo se roba a mansalva a los extranjeros en Las Ramblas. Despedí a mi amigo, le dije que lo sentía. Me dijo que no me preocupara, que hay corrupción en todas partes. Unos días antes le hubiera dicho que se equivocaba. Por cierto, compren el disco de mi amigo: Tim Robbins and the Rogues Gallery Band. Es magnífico.

Perdidos en el hospital

Primer frío del invierno. Lunes de perros. Cielo gris magenta, color de nieve sucia. El metro que me lleva al hospital va hasta los topes de un grupo de gitanos que hablan por los codos en voz alta. Un rumano que toca el acordeón está tocando «Amado mío» y en este momento no hay nada más alejado de este lugar que Rita Hayworth bailando en blanco y negro. La escena más bien pertenece a una película del neorrealismo italiano. Cuando pasa con un vasito pidiendo monedas, los gitanos empiezan a burlarse del rumano. Llegamos a la estación que está más cerca del hospital, está lloviendo. Para variar, me he dejado el paraguas en el vagón. Cualquier día harán una sección especial con mi nombre en «Objetos perdidos». La mole del hospital se yergue delante de mí y corro a refugiarme en él. Hago cola en la ventanilla de información para enterarme de dónde está la unidad de quemados. Delante de mí un par de ancianas hablan de otra a la que van a visitar, aunque según ellas ya no le queda «ni un telediario». La mujer que atiende, tiene una cara ancha, de esas que da confianza y la mirada de quien ya lo ha visto casi todo. La unidad de quemados está en otro edificio, en el semisótano. Sorteando ambulancias, personas con batas blancas, sillas de ruedas, familias que corren llorando hacia urgencias, escaleras y puertas precintadas con cinta adhesiva gris que no van a ninguna parte, llego a un edificio gris. Pero el edificio pertenece al departamento de oncología. El que yo busco está en el lado contrario.

Retrocedo sorteando los mismos obstáculos que antes, más algunos más. Estoy desorientada, no encuentro ninguna flecha que me indique dónde tengo que ir. Me invade la sensación que soy yo la única que no sabe interpretar las señales, pero cerca de mí hay dos familias que comparten mi desconcierto. «¿Cómo se aclaran aquí?», dice la madre de una de ellas. Abordamos a un guardia de seguridad que dice que está tan perdido como nosotros. Afortunadamente, se apiada una mujer de la brigada de limpieza

que nos indica con claridad nuestros diferentes destinos: traumatología allí; en el semisótano, la unidad de quemados; urgencias por allá. Admiro profundamente a la gente —enfermeras, auxiliares, doctores, camilleros, conductores de ambulancia— que trabaja en los hospitales porque son los que ayudan a las personas en el momento más vulnerable de la existencia: cuando sufres dolores indecibles, cuando ves de cerca la muerte. Pero no puedo decir lo mismo de los que organizan la señalización de un hospital tan grande como este. Llego por fin, agotada, a la unidad de quemados para ver a mi amigo que ha tenido la mala fortuna de quemarse gravemente un brazo y el torso. Aquí reina el silencio y todo está escrupulosamente limpio. Entro en la habitación. No está muy animado. Me cuenta cómo pasó todo. Un escalofrío me recorre la espalda: el reconocimiento de la magnitud de lo que hubiera podido pasar. «No podré volver a llevar manga corta», dice. « Al fin y al cabo son de muy mal gusto», le respondo. Nos reímos hasta que entran las enfermeras con las bandejas de comida que inevitablemente huelen a hospital.

No puede ser

Para C.

Toda la culpa la tiene Kenzo. Entendámonos: supongo que el vínculo entre el creador japonés, hoy retirado de la moda y entregado a la pintura, y que me robaran el teléfono y pasara unos días de órdago es tenue, pero a mis ojos es absolutamente real. Si a mí no me chiflaran las cremas de Kenzoki, especialmente una que se conserva en la nevera y que huele divinamente, no habría dirigido mis pasos al Corte Inglés de Plaza Catalunya, que es de los pocos sitios donde las tienen. Yo no creo en la eficacia de las cremas, pero sí creo en los olores y cómo reaniman o destrozan el día. Las de Kenzo son las que mejor huelen y más agradables de poner. Las arrugas no sé si las quitan, probablemente no hay nada que quite las arrugas. Conozco a casi todas las actrices que, desde las páginas de las revistas, atribuyen su lozanía a determinados ungüentos: créanme, no es verdad, casi nunca utilizan las cremas que esponsorizan esas seudoglamurosas fotografías, tan ridículamente retocadas que resulta difícil distinguir si es Cate Blanchett o Kate Winslet las que nos venden la moto. O sea que el sábado por la mañana, después de salir de mi cita matinal con Onda Cero con mi amigo Bob, subo por las Ramblas en pos de la Crème Glacée, cuando noto un casi imperceptible vaivén en el bolso. Ya está: me han robado el iPhone. Vale, estoy en el lugar de Europa con más carteristas por metro cuadrado, así que supongo que la desaparición de mi teléfono no es más que uno de los daños colaterales de vivir «en la mejor tienda del mundo», como proclaman nuestras autoridades municipales. Suspiro: adiós a las fotos que no traspasé a tiempo al ordenador, adiós a la foto del perro con los ojos como David Bowie que hice hace dos días en Edimburgo, adiós a notas, contactos, aplicaciones... Una luz se ilumina, ¡había contratado el servicio copiagenda, con lo cual no habré perdido números de teléfono! Veo una tienda Movistar. Cojo número. Media hora de espera. Le explico varias veces a una chica lo que ha pasado. Tarda

en entenderlo, aunque afirma que soy la décima persona en lo que va de mañana a la que le ha pasado lo mismo. Tras múltiples gestiones informáticas, da de baja mi teléfono. Me venden uno nuevo que detesto inmediatamente, pero me informan que no tengo puntos para un nuevo iPhone y decido esperar a que salga el 4G que parece tan bonito. Pregunto si el servicio copiagenda me enviará los contactos a mi nuevo teléfono. Por supuesto, afirma, tras comprobar que llevo años pagando la tarifa del citado servicio. Me da un número para que llame. Llamo desde casa. Vuelvo a explicar todo el tema y alguien con un acento indefinible al que tengo que repetir cinco veces cada cosa, me dice, tras quince minutos de espera, que el teléfono que me han vendido no es compatible con el servicio copiagenda. Le digo que no puede ser porque, cuando he comprado el teléfono, he mencionado varias veces lo de la copiagenda de marras. Me dice que llame a otro número. Lo hago. Allí alguien que, sencillamente no entiende bien ninguna de las lenguas oficiales del mundo, me dice que en veinticuatro horas recibiré los contactos. Pasan cuarenta y ocho y nada. Vuelvo a llamar. Me dicen que vaya a una página web, voy y el servi*dor «is not fo*und». Sigo llamando. Me dicen que devuelva el teléfono. Voy a la tienda con el recibo. La chica que me lo vendió está de vacaciones. No quieren cambiarme el teléfono. Aquí interviene mi amiga C., que normalmente es mil veces más hábil que yo en estas cuestiones. Asisto a su calvario telefónico con una perplejidad rayana en la histeria. No sé cuántas horas pasa colgada al teléfono, rebotada de un número a otro, aguantando esperas con músicas aborrecibles, intentando no perder la compostura: tengo un nuevo iPhone. Le llevo bombones a la clínica mental donde han tenido que ingresarla. Al menos pasará sus vacaciones en un lugar fresquito, sin carteristas ni teléfonos. Hoy tiene mejor cara que ayer.

El arte de decir no

Creí, ingenuamente, que estaba mejorando mi habilidad para decir no a los mil y un acontecimientos sociales, presentaciones, premios, sesiones de fotos que cada día me proponen y hete aquí que me encuentro en una habitación de hotel de cinco estrellas de esta ciudad en la que vivo, rodeada de siete personas que constituyen el equipo que una revista ha desplazado para hacerme una foto bajo la rúbrica «Personajes de la ciudad» o algo así de original. Es una sensación de *déjà vu* tan grande la que siento que me gustaría gritar, pero me limito lo más amablemente que puedo a decir que no, no quiero peluquería, maquillaje ni estilismo ni nada. Que o me hacen la foto tal como soy o no me la hacen. Que si me visten de algo que no soy que se busquen a otra persona. Que cuando me maquillan, me siento rara y me salen alergias. Que no soy una modelo, cosa más que evidente, sino una cineasta. Insisten, no en vano, se han desplazado hasta aquí ciento y la madre. Me muestran las fotos de otras personas que ya han fotografiado que se han dejado hacer de todo. Me invade un tremendo cansancio y un aburrimiento aún mayor. Por teléfono ya dije que si querían hacerme la foto, tenía que ser así, creí que había quedado claro. Me enseñan la ropa que han traído, trajes de noche, vestidos, zapatos... Nada de lo que me enseñan es algo que yo me pondría bajo ninguna circunstancia. Viendo las caras que ponen y para no pasar por una borde total, cedo en lo del maquillaje. Me empiezan a picar los ojos, que es lo que ocurre cuando me ponen sombra. Intento por todos los medos estar zen. He pasado tantas veces por esto que me sorprende ver cómo he vuelto a caer en la trampa. Debe ser que todavía hay una parte profundamente ingenua en mí: esa que espera que las cosas sean mejores la próxima vez. Me consuelo pensando que después de todo, solo mi madre verá la foto y a ella seguro que le gusta. Hay algo de ridículo en la situación: te sientes obligada a complacer a gente que te está pidiendo un favor. Empieza la sesión. El fotógrafo parece competente pero se empeña en indicarme dónde he de sentarme, cómo poner las manos, cómo mirar con la cabeza

ladeada: no hay nada que me pueda fastidiar más que alguien diciéndome lo que tengo que hacer, especialmente si es un hombre. Vale, lo reconozco: no soporto que me den órdenes. Supongo que es mi niño interior pasando factura... Pasan un grupo de turistas japoneses y se ponen delante del fotógrafo. Esperamos diez minutos. Volvemos a empezar. Me retocan el maquillaje. Me peinan. Demasiado. Unas nubes oscuras cubren el sol. Esperamos veinte minutos. Los niños salen del colegio e invaden la plaza jugando al fútbol. Respiro profundamente. Por fin, hacemos la foto. El fotógrafo quiere enseñármela, no la quiero ver, gracias, le digo. Busco un baño para quitarme el maquillaje y, delante del espejo, ensayo mil veces cómo decir «no».

Indignémonos

Apenas veinticinco páginas. Tres euros. Quinientos mil ejemplares vendidos hasta la fecha en Francia, mientras se prepara su edición en más de veinte países. El librito *¡Indignaos!* del nonagenario Stéphane Hessel, está siendo motivo de debate y editoriales en toda la prensa francesa. No hay programa de televisión que se precie que no mencione el libro, incluso para hacer bromas sobre él. Los cínicos se burlan de él. Muchos intelectuales lo defienden. Se lee en los patios de los colegios, en el metro, en los bares. Su autor, de noventa y tres años, es un antiguo combatiente de la Resistencia, escapado por los pelos de dos campos de concentración, con una condena a muerte que consiguió esquivar asumiendo la personalidad de un prisionero fallecido y militante activo por los derechos del hombre. En un París de cielo plomizo que augura pronto una tormenta nieve, decido comprarlo y sentarme en un café a leerlo. Lo termino en diez minutos. El libro empieza con un recordatorio por parte del autor, su fin, dice «no está lejos» y quiere aprovechar ese hecho para recordar el programa del Consejo Nacional de la Resistencia elaborado por Jean Moulin. Con palabras simples, Stéphane Hessel habla de la «dictadura internacional de los mercados financieros que amenaza la democracia» y hace un llamamiento a la indignación constructiva, positiva, no violenta. La indignación, no siendo un valor en sí, ha sido durante mucho tiempo un reflejo de burgués escandalizado, un acto automático de aquellos que no saben poner un nombre a su malestar. El libro de Hessel devuelve a la indignación su papel de motor de los cambios sociales. El libro nos dice que no hay que resignarse, ni ceder a la teoría del complot, ni enquistarse en la perplejidad. Que tenemos en nuestras manos la posibilidad de cambiar las cosas y luchar por hacerlas mejores. Que debemos recuperar la capacidad de indignarnos por Gaza, por la precariedad, por la violencia, por los precios de las cosas, por las injusticias flagrantes y por las ocultas. Que la amnesia generalizada que se va apoderando de nosotros, porque es más cómodo olvidar lo que nos indigna que hacer algo

para cambiarlo, debe acabar. Y nos recuerda que la violencia le da la espalda a la esperanza y que hay que evitar a toda costa la acumulación de odio. Es una lección de vida y esperanza que sea un hombre de noventa y tres años el que tenga que decir estas verdades como puños de manera que suenen nuevas y posibles. El libro termina con unas palabras memorables dedicadas a todos los que construirán el siglo XXI: «Crear es resistir, resistir es crear».

Pido otro café. Detrás de los cristales del bar, empieza a nevar y los coches pitan y frenan, los niños intentan atrapar los frágiles copos de nieve y los transeúntes se suben el cuello del abrigo y resbalan. ¿Qué haremos para indignarnos y no quedarnos ahí? Ahora empieza todo.

Un momento de placer

Esperaba con impaciencia el nuevo libro de Antonio Orejudo. Desde *Fabulosas narraciones por historias*, las novelas de este escritor me fascinan y nunca me decepcionan. Antonio Orejudo evita con maestría todas las trampas que la torva realidad española contemporánea tiende a sus narradores y consigue conservar un punto de vista, irónico, tierno, fantástico y crítico al mismo tiempo sobre las cosas esas que nos rodean sin que la acritud, la amargura, la mala baba, los fantasmas del pasado y el aburrimiento hagan mella en él. *Un momento de descanso*, su nueva novela, es un libro buenísimo, de esos que se devoran en una tarde absurda de domingo y hace que el domingo por la tarde casi parezca un viernes, lo que, para mí, es quizás uno de los grandes elogios que se le puede hacer a un libro. ¿De qué va? Va de un escritor que se llama Antonio que encuentra a su viejo amigo Arturo Cifuentes de la facultad en un puesto de la Feria del Libro, donde está firmando su última novela. Y, a partir de ahí, nos embarcamos en una aventura hilarante, triste y formidable, donde lo políticamente correcto (esa alumna negra que ronca en una clase de Cifuentes en la Universidad de Misuri…) es puesto en entredicho y donde la vida académica, tanto en Estados Unidos como en España, es vapuleada con toda la razón. Porque el mundo universitario americano que retrata Orejudo es así: lugares donde los textos sobre los textos son más importantes que los textos, hasta el punto que, cuando uno va a escuchar lo que dicen de lo que uno hace, tiene la sensación que la persona que se ha pasado años analizando tu, ejem, llamémosle, obra, en el fondo desearía que estuvieses muerto o al menos con una enfermedad grave que te impidiera poner cara de susto cuando escuchas las aburridas barbaridades que sueltan. La universidad española no sale mejor parada en la novela: medrar, conspirar, matar cualquier amago de excelencia, de curiosidad, de ganas de superación es la tónica general. Espero que la lectura de este libro haga pupa en los ambientes universitarios. Aunque bien pudiera pasar que algún especialista en Baudrillard diseque el libro hasta

extraerle su esencia original y lo deje *pal* arrastre. Me gusta el aire de pesadilla que tienen algunos fragmentos del libro, me gustan los momentos musicales, me gusta esa alucinante reunión para decidir quién gana unas oposiciones: si un profesor con un brillante historial y decenas de publicaciones o uno que ni tiene historial ni nada, donde los miembros del consejo son chantajeados para que gane el peor candidato. Es una escena que no dejo de recrearla en mi cabeza como una secuencia de una película a caballo entre Buñuel y Chabrol. También me gusta que tenga doscientas cuarenta y una páginas y no seiscientas. *Un momento de descanso* es una prueba más que necesitamos más escritores (y, ya puestos, más seres humanos) como Antonio Orejudo.

Surf y derrota

El tren se presta a la lectura de una manera difícil de emular en un avión. En el avión, el tiempo se detiene y los personajes de una novela se nos antojan como extras escapados de un episodio de *Lost*. El avión es ideal para ver películas de Gerard Butler o The Rock (el equivalente contemporáneo a Steven Seagal) con tramas intercambiables, esporádicos estallidos de violencia y diálogos infumables. La presión de la cabina del avión y los cacahuetes que sirven con los Bloody Mary tienen la virtud de mejorarlos y hacerlos infinitamente más llevaderos. Por el contrario, el paisaje que desfila tras las ventanillas del tren agudiza los sentidos y nos sumerge de una manera más profunda y más rotunda en la trama de una novela. Los buenos libros deberían leerse siempre en el tren. Y en el último viaje que he hecho en tren he tenido la suerte de devorar (ida y vuelta desde Madrid) un libro formidable, *Los que hemos amado*, una novela, publicada por Los Libros del Lince, que de estar firmada por alguien de apellido nórdico, y no por Willy Uribe, hoy sería un *bestseller* fulminante. Pero eso es otra historia.

La trama sucede en 1981 entre el País Vasco y Marruecos y está contada desde el punto de vista de Sergio, un surfista de veinte años, héroe nihilista y lacónico de una historia que tiene ecos de Jim Thomp*son (El asesino dentro de* mí), pero que consigue ser absolutamente original. Lo que empieza siendo un viaje iniciático —dos amigos surfistas de Getxo que deciden ir a cazar olas a Anchor Point, en Marruecos— deviene una pesadilla infernal, donde nada es lo que parece y donde nadie —familia, amigos, colectividad — va a salir indemne. La mano maestra de Willy Uribe hace avanzar la trama de una manera implacable: hacía tiempo que un libro no me producía esa opresiva sensación de atenazarme la garganta, de provocarme angustia con cada nuevo giro de la trama. Confieso que no veía la hora de coger el tren de vuelta a casa para acabar el libro cuyas últimas páginas sorbí literalmente con pena porque se terminaba.

El hallazgo del punto de vista de Sergio, un ser inmaduro, atenazado por la timidez, la vergüenza de clase, el ansia de aceptación, marca una historia que sabe integrar con una remarcable sutileza (de la que deberían aprender muchos novelistas españoles contemporáneos) el marco histórico de la España del golpe de Tejero y *la kale bor*roka con la peripecia vital de unos personajes firmemente trazados: Eder, un tipo auténticamente siniestro, su abuela, dueña de la villa Ceux qui aiment que da título a la novela, Ruiz, un truhan sin escrúpulos, Nicolas, un francés escurridizo, Ángela Santos, la misteriosa y fría madre de Sergio...

En un momento *de Los que hemos a*mado, un personaje dice: «Los tesoros no tienen motivos, Sergio, van y aparecen en los lugares más insospechados, si no, no serían tesoros...». Esta novela es uno. Descúbranlo.

Las furias

¿Novela? ¿Memoria? ¿Autobiografía? ¿Autoficción? El apasionante libro de Janet Hobhouse *Las furias*, publicado después de su muerte en 1991, está a caballo de todas esas cosas sin ser ninguna de ellas. Es un libro que respira urgencia por los cuatro costados y es algo casi físico: a medida que avanza la trama y cuando a Helen, la protagonista, le empiezan a suceder desgracias sin cuento (al parecer todas ocurrieron en la realidad, aunque a veces cueste creerlo), sus páginas desprenden una especie de veloz torbellino emocional que acaba por arrastrar al lector. A ello contribuye también el aire de inacabado que tiene la segunda mitad del libro, escrito cuando la autora estaba ya gravemente enferma.

El periplo vital de Helen, el carácter central *de Las fu*rias, empieza a gestarse en sus antepasadas, con una magnífica descripción de Nueva York de principios del siglo XX, que tiene claros paralelismos *con La edad de la inoce*ncia de Edith Wharton. De una familia adinerada que vivía con toda clase de lujos, en tan solo un par de generaciones, la familia de Helen pasa a la pobreza extrema. Una madre, Bett, el personaje más conmovedor de la obra, una mujer hermosa y joven que no sabe qué hacer para salir adelante, arrastrando a su hija a apartamentos cada vez más pequeños y miserables y relacionándose con hombres cada vez más jóvenes. El carácter de Helen se forja entre esta madre, bella, cariñosa, inútil, en el Nueva York de principios de la década de 1970 y una adolescencia con su padre, un hombre duro, autoritario, presuntuoso y cruel en la campiña inglesa. A los quince años, ya ha tomado antidepresivos, ha conocido la miseria, la soledad, y la falta de cariño. Helen llega a finalmente a Oxford, con vagas ilusiones sobre las relaciones humanas y un firme deseo de escapar de su familia, cosa que no consigue nunca: la presencia de Bett planea siempre por la vida de su hija, a veces como un refugio, a veces como la encarnación de la mujer que ella se niega a ser. Los años de Oxford proporcionan a la protagonista los momentos más felices de

su vida: el descubrimiento del amor, el placer de la lectura, las fiestas, la efervescencia de sentirse viva como nunca y sentir que todo, cualquier cosa, es posible: «medíamos el tiempo en semanas de curso, fiestas, encuentros». Pero incluso en los mejores momentos, la sombra de la angustia planea en la trama: cada estallido de vida precede a una caída. Y las caídas parecen pertenecer a una oscura trama que no se detiene hasta acabar con la vida de la autora a los cuarenta y tres años. Helen ha escrito, ha sufrido, ha amado (entre otros a Philip Roth, que escribe un corto epílogo al libro, y a Jeremy Irons), la han amado intermitentemente y se ha interrogado incesantemente sobre todos los aspectos de las emociones y ha muerto, en paz, sin amargura. Me gustaría pensar que Janet Hobhouse, la autora de este libro, murió de la misma manera.

La amarga *Dolce vita*

Sol. Luz cegadora. Jardines con aromas de jazmín y lúpulo. Un hombre (Malo) octogenario y un sacerdote (Saverio) conversan en una lujosa villa en Ischia sobre los acontecimientos que han marcado la historia de Italia en los últimos cincuenta años. Malo sabe que va a morir pronto y necesita explicarle su vida a Saverio para poder entenderla él mismo. El hombre, un rico aristócrata, ha vivido relaciones con amantes de todo tipo, condición y género, orgías, viajes en yate alrededor del mundo: una vida llena de placeres y, al parecer, exenta de sinsabores. El sacerdote (que, a su vez, rememora partes de su vida que preferiría haber enterrado para siempre) le escucha con menos indiferencia de la que aparenta. Las vidas de ambos han estado ligadas desde el origen por lazos que se insinúan sin revelarse. En este marco de confesiones bajo el aplastante sol de Ischia, mientras los criados sirven incontables jarras de agua fresca, siguiendo la estructura de *El gatopardo*, asistimos como espectadores privilegiados, gracias al magnífico texto de Simonetta Gregori (que, aunque de origen italiano, ha escrito la novela en francés), a un retablo de hechos históricos, crónica negra y crónica sentimental que aporta claves valiosísimas para entender a un país cuyo presidente pasa más tiempo haciendo castings de chicas con quienes pasar la noche o injertándose en el coco pelos cedidos por su hermana (no es broma) que ocupándose de cumplir con su deber. La novela *Dolce vita* (1959/1979) arranca en el polémico estreno de la película de Fellini del mismo nombre. El film fue pésimamente recibido por el público romano que se veía cruelmente reflejado en él: mientras que el resto del mundo aplaudía a Fellini como a un genio, sus compatriotas le tildaban poco menos que de payaso de mal gusto. Con saltos en el tiempo, nos trasladamos a los orígenes de las Brigadas Rojas (junto con sus conexiones nunca verdaderamente exploradas con la ultraderecha), el asesinato de Aldo Moro, los crímenes, el oscuro papel de la Iglesia y sus conexiones con la mafia, el tremendo personaje de Marzinkus y su control del dinero del Vaticano, la extraña muerte

del Papa que antecedió a Juan Pablo II que, al parecer tenía serios planes para sanear y cambiar de raíz la Iglesia católica, el rapto y la salvaje violación de que fue objeto la actriz y dramaturga Franca Rame, esposa de Dario Fo, por parte de un comando de extrema derecha, la verdad sobre el asesinato de Pier Paolo Passolini, la fascinante historia de Anna Fallarino y su marido el marqués de Casati (recogida tambien en las estupendas *Crónicas de Roma* de Enric González) y el crimen que conmovió a Italia y que, como casi todo en el libro, tiene su vínculo directo con la ascension al poder del hombre que más ha hecho por denigrar a las mujeres en Europa, Silvio Berlusconi.

Dolce vita 1959-1979 ofrece un fascinante retrato de un país a caballo entre la belleza y el horror, entre el refinamiento y *el k*itsch más desaforado, entre la honestidad de sus mejores gentes y la criminal desfachatez de los que ostentan el poder.

Artefactos importantes

Para C.

Este artículo podía haberse titulado «Las cosas hablan» o «Lista de objetos perfectamente prescindibles» o «Todo lo que tuvimos» o «Casi todo lo que perdimos». Pero probablemente el título original del muy original libro en forma de catálogo de subastas de Leanne Shapton es el mejor: *Artefactos importantes y propiedades personales de la colección de Leonore Doolan y Harold Morris, incluidos libros, ropa y joyas*. Y esa es exactamente la estructura del libro: un compendio de mensajes, postales, vestidos de segunda mano, calcetines usados, saleros robados, ardillas disecadas, recetas de pasteles, tiburones de plástico, fotografías y *memorabilia* diversa, que cuentan la historia de una pareja, desde el momento que se conocieron hasta su ruptura cuatro años después. Leonore escribe sobre comida en el *New York Times* (como la autora del libro Leanne Shapton), tiene una afición desmedida por hornear pasteles y una tendencia a vestirse con ropas *vintage*. Es tímida, vehemente, leal y está enamorada de la idea del amor. Harold es fotógrafo. Viaja constantemente, le gusta la ropa cara, Cindy Sherman (con quien Leonore guarda un asombroso parecido), Duane Michaels, Sufjan

Stevens y bebe demasiado. Le asusta la idea del compromiso y del amor fusional que le ofrece Leonore. La relación avanza con la determinación *del Tit*anic hacia su fin inexorable, pasando por todas las fases de eso que llaman amor, y el lector/espectador asiste a ella, como un auténti*co vo*yeur, a través de los objetos, regalos, libros, discos, correos electrónicos que ellos compartieron y que en una genial pirueta literaria con toques de Georges Perec y Sophie Calle, nos ofrece la autora. Una primera lectura del libro/catálogo nos deja con una sensación vagamente agridulce. ¿Dónde están las señales? ¿En qué momento el amor se convierte en una carga, una oleada de dolor, un aburrimiento? ¿Cuándo un cuerpo que meses antes nos provocaba un apasionado cúmulo de emociones nos

empieza a dejar indiferentes? ¿Por qué no somos capaces de ver que la relación en que estamos embarcados no nos proporciona la felicidad que anhelamos y seguimos adelante con ella, ignorando nuestro propio estado de ánimo? Pero si examinamos cuidadosamente las fotografías, los textos, la letra temblorosa en los botes de mermelada casera, los regalos, vemos que todo está allí: las ausencias, las banales disputas sobre los logros de uno que no aprecia el otro, la soledad en el momento en que más se necesita un hombro amigo, los rencores enquistados, la nunca neutral presencia de las respectivas familias, los amigos de uno que el otro no puede o no quiere soportar. Todo eso está contenido, como nos enseña este precioso libro que acaba de aparecer en las librerías de la mano de la editorial Duomo, en los bordes desportillados de una tetera con forma de perro hecha en Escocia o en el aspecto de un molinillo de café clásico de la marca Kitchenaid usado y con manchas.

La soledad de Vivian Meier

Una mujer con un sombrero con velo que le cubre media cara mira a la cámara con desdén. Por lo que sabemos podría estar mirando los zapatos de hombre y la chaqueta vieja que lleva la mujer que la está fotografiando. Una niña llora desconsoladamente en los brazos de su madre que, ajena al llanto de su hija, sonríe bobalicona. Un hombre se echa una siesta en el coche. Una mujer retuerce las manos encima de su vestido de lunares. Una mujer vestida de gasa blanca cruza corriendo una calle de Nueva York para perderse en la niebla, huyendo de algo que apenas intuimos. Una paloma muerta reposa en el fondo de una papelera. Todas estas imágenes y cien mil más constituyen el extraordinario legado que, poco a poco, va siendo desvelado, que puebla el mundo secreto de Vivian Meier, probablemente la fotógrafa desconocida con más talento del mundo, que falleció sin enseñarle a nadie ninguna de sus fotografías y dejando mas de treinta mil imágenes por revelar. Lo poco que sabemos de Vivian Meier es que nació en Nueva York en 1926, aunque, como su madre era francesa, se mudó a París siendo muy niña y regresó a Estados Unidos en 1951. Allí ejerció diversos trabajos hasta que trabajó como niñera en Chicago durante cuarenta años y donde vivió hasta su muerte en 2009. Poseía una cámara Rolleiflex twin lens y desde la mañana a la noche tomaba fotos de todo lo que veía. Siempre llevaba sombrero. Le gustaba el cine y se consideraba una buena crítica cinematográfica: admiraba el cine europeo y denostaba el americano. Tenía una actitud distante con los adultos (así lo recuerdan los empleados de una tienda donde compraba material fotográfico). Le gustaba hacerse autorretratos camuflada en las sombras o en los reflejos de los cristales. Y poseía un talento inmenso. Basta buscar en Internet sus fotografías (Vivian Meier: her discovered work) para darse cuenta que el ojo de Vivian Meier es excepcional desde cualquier punto de vista: si tuviera que definir sus fotografías diría que es una Diane Arbus sin la artificiosidad de Diane Arbus. O Weegee con un toque empático del que Weegee carece. Me atrevo a decir que no hay un fotógrafo «de

calle» que pueda comparársele. Si alguien con sensibilidad hubiera visto sus fotografías antes, hoy Vivian Meier estaría considerada uno de los grandes, junto a Richard Avedon, Henri Cartier Bresson o Irving Penn. Ninguna de las fotografías que hizo está preparada y es asombroso pensar que jamás utilizó luz artificial, salvo la luz que estaba en el lugar en el que ella plantaba su cámara. Un hombre llamado John Maloof compró por casualidad un baúl lleno de negativos, que había quedado abandonado en un almacén, por cuatrocientos dólares. A medida que iba descubriendo lo que tenía entre manos, se dio cuenta del alcance que tenía la obra de esta mujer, que murió dos días antes que él descubriera su nombre. No llegó a conocerla, pero ahora ha consagrado su vida a cuidar y dar a conocer su legado, mientras prepara un documental y un libro sobre ella. Gracias a él, se le ha dedicado una gran exposición en Chicago y la prensa americana y el mundo del arte empiezan a interesarse por ella. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de una mujer solitaria, que dedicó su vida a cuidar a las familias de otros, empujando un cochecito de niño, mientras en su cabeza captura la realidad que la envuelve. Los niños que cuidó durante años, hoy ancianos, la recordaban con cariño, hasta el punto que algunos de ellos la ayudaron económicamente hasta su muerte. Ninguno de ellos había visto jamás ninguna de sus fotografías.

Monsieur G.

Gilbert Garcin empezó su carrera de artista cuando muchos la terminan: a los sesenta y cinco años. Nacido en Marsella en 1929, estudió Comercio y pronto empezó a trabajar en un taller de lámparas, donde transcurrió su vida hasta la jubilación. Y cuando tuvo por fin tiempo ante sí, decidió dedicarse en cuerpo y alma a la fotografía. En 1998 aprendió, en un seminario de una semana en Arles, de la mano del fotógrafo profesional Pascal Dolemieux, la técnica del fotomontaje y al volver a casa, empezó a hacer la serie de fotografías que le han hecho famoso en el mundo entero. En las fotos, en blanco y negro y nunca procesadas en un ordenador, se pone en escena siempre a sí mismo vestido con un gabán oscuro que perteneció a su abuelo, con el que ha creado un personaje que es él, es nadie y es todo el mundo: alguien que nos interpela, nos cuestiona, nos hace sonreír y nos hace preguntarnos por este juego absurdo y definitivo que es la vida. Con elementos cotidianos, arena, flores, piedras, trozos de papel, ganchos, etc., construye pequeñas puestas en escena en la que su figura es siempre protagonista. Se fotografía a sí mismo (a veces en el balcón de su casa para extrañeza de los vecinos) con diferentes actitudes, recorta su figura y la incluye en pequeños paisajes que ha creado de antemano para después fotografiar a su vez el todo. Sin trucos ni retoques. Con los años ha depurado esta técnica, a veces ha incluido la figura de su mujer en sus montajes y ha ido desarrollando ideas más complejas, pero la esencia permanece: en las fotos sale él rodeado de imágenes de sí mismo («Pavo real»), arrastrando piedras («Sísifo»), subido a una escalera ante un inmenso fondo negro («El perfeccionista»), arrastrando un largo cable eléctrico («Diógenes o la lucidez»), moviéndose como una marioneta («Ser dueño de sí mismo») o levantando una gran sábana en una playa («Lo que hay debajo de las cosas»). Las imágenes de Gilbert Garcin actúan sobre el espectador de una manera poco común. En un mundo en que los artistas gritan, sueltan alaridos e intentan de una manera burda imponerse a la audiencia, como si temieran quedarse atrás en la

loca carrera del éxito, las fotos de Garcin susurran y sorprenden por la sencilla razón que lo único que busca el artista es comunicarse con el espectador. Sus fotos han nacido en un momento de su vida en que le importa un rábano la vanidad, la fama, el dinero o la gloria y por eso destilan una pureza cada vez más difícil de hallar. Él admite la influencia de algunos surrealistas en sus obras («admiro mucho a Man Ray, pero no a Dalí, ¡al que detesto cordialmente!»), pero ratifica en todas las entrevistas que ha concedido que su obra nace de la sed de comunicar que había estado encerrada en él todos los años en los que tuvo que ganarse la vida vendiendo lámparas.

Cuando, después del seminario de Arles, empezó a hacer fotografías y a conseguir los resultados que había imaginado, empezó también a enviar sus porfolios a galerías, festivales de fotografía y centros de arte: todos rechazaron sus fotos (algunos con el comentario supuestamente sarcástico: «Señor, vuelva a enviarme algo cuando empiece a hacer fotografías»), pero no se desanimó. Finalmente en los Encuentros de la Imagen de Braga (Portugal) aceptaron treinta de sus fotos, que fueron vendidas a un museo. A partir de ahí, una galería francesa se interesó por él y surgió la fama ya internacional de Gilbert Garcin. Sus fotos se pueden ver en su web.

Orquídeas para Miss Deschanel

La pared blanca tiene cada vez más manchas oscuras. Habrá que pintar el piso de nuevo. O quizá no. Quizás he estado mirando demasiado tiempo la pared y ya empiezo a ver manchas de todos los colores. Estoy trabajando en un nuevo guion y busco todas las excusas del mundo para no concentrarme y no escribir. Pero ya me he hecho tres cafeteras y empiezo a tener taquicardia y la pared blanca es azul índigo. Un paseo. Lo que necesito es un paseo. Seguro que un paseo me despeja la cabeza. Pero estamos en verano, si salgo de casa después de horas acostumbrada al aire acondicionado, no se me va a despejar la cabeza sino al contrario, se me va a licuar el cerebro y con él las pocas ideas que habitan en él. O habitaban. No salir de casa. Poner música. Sí, música. Las *Variaciones Diabelli*. Beethoven no puede fallar. Si Beethoven falla esto es una catástrofe. Las primeras notas tienen la virtud de calmarme. Una calma que dura exactamente tres minutos. Más que una calma pasajera es una calma supersónica. Una calma que te deja como si tu cabeza desconociera el significado de la palabra «calma». Quizá respirar profundamente ayude. Intento acompasar mi respiración al ritmo del piano. Me hago un lío entre las notas, la inspiración, la espiración, la nariz, la boca, el diafragma y los diversos órganos que intervienen en la respiración. A todo esto ni una pista de cómo va a seguir la historia que estoy escribiendo: ¿quién es esta chica solitaria? ¿Adónde demonios conduce esta aventura que estoy escribiendo? ¿Y esto le va a interesar a alguien? No. No puedo abrir la puerta a estos temores porque estos temores no conducen a nada. Nada tiene sentido. Y el arte o lo que sea son el único remedio para curar esta nada. Una Coca-Cola Zero. Es una Coca-Cola que sabe bastante bien, mejor que la Light, pero ahora recuerdo que un artículo de *The Lancet* que dice que es cancerígena, en Portugal la han prohibido, en fin. Casi todo es cancerígeno, supongo. El salmón ahumado, el beicon churruscado, los excipientes de las pastillas, hasta el alimento anticancerígeno por excelencia, el brócoli, si ha sido cultivado en no sé qué terrenos abonados con no

sé qué abonos químicos puede ser fatal. Me bebo la Coca-Cola con una cierta aprensión. Más taquicardia, le quitan el azúcar pero para compensar seguro que le ponen más cafeína. Releo lo que escribí ayer. *Delete*. Me doy cuenta que no vale nada y que si quiero avanzar tengo que cargarme lo que he escrito en los últimos días sin piedad. Me da pena cargarme algunas cosas que me gustaban pero está claro que no pintan nada en la historia que realmente quiero contar. Pero sé exactamente la historia que quiero contar. Eso si lo sé, ¿verdad? Sé quiénes son los protagonistas, sé qué pasa y dónde y tengo ráfagas imprecisas del punto de vista, de colores, de planos concretos, de miradas, de momentos de una vida que ya no me pertenece. ¿Y si veo una película? Una película que no tenga nada que ver con adolescentes demasiado inteligentes para su propio bien. Con nada de lo que estoy haciendo. No. Intuyo que una ficción ajena no me va a ayudar, sino que me va a confundir: si es buena, me va a inhibir, si es mala, me va a dar pena. Reviso mi correo. Alguien me ha enviado una canción. Una canción de She and Him que se llama «Thieves». Me tumbo en el sofá sin muchas ganas. La voz de Zooey Deschanel me hace sonreír y la canción con sus reminiscencias de mil cosas distintas me transporta exactamente al mundo que intento imaginar para la adolescente de mi historia. Me duermo. El sueño me llevará donde quiero ir.

Mi padre

Mi padre es un soñador. Quizás una de las personas más soñadoras que conozco. Un hombre cuyos sueños han sido más grandes que la vida. Siempre ha ido como Buzz Lightyear, de *Toy Story*: «Hasta el infinito y más allá». Y sigue yendo. Sus sueños, sus proyectos, sus ideas para mejorar la existencia abarcan todos los campos: desde invenciones para reciclar (en lo que fue un pionero, ya que hace ya muchos años, cuando lo de reciclar era un término completamente desconocido, ya reciclaba las pastillas de freno de los coches), proyectos para acabar con el paro, aprovechar la energía, hacer películas, óperas, novelas. Muchas veces estas ideas son probablemente inviables, o las ha tenido demasiado pronto o demasiado tarde, pero lo cierto es que no dejan de ser ideas absolutamente aprovechables. Aunque no ha tenido formación académica, es alguien con una inteligencia natural que ha procurado informarse donde ha podido y no olvidemos que su generación, la gente nacida en plena posguerra, no tuvo las herramientas instantáneas de información de las que disponemos nosotros o nuestros hijos. En las décadas anteriores a 1990, para conocer la vida y milagros de un autor o los acontecimientos que llevaron a una guerra, había que ir a las fuentes: a las hemerotecas y a las bibliotecas, la información requería esfuerzo, no bastaba con teclear un par de palabras en Google. Ahora anda metido en un plan, del que no me deja decir palabra para terminar con la pobreza en España y en el mundo. Y al mismo tiempo, como en otras ocasiones, intenta convencerme que haga una película con una ingente cantidad de documentos, que incluyen actas del proceso, cartas, y testimonios, que han llegado a sus manos, por enrevesados caminos, que relatan el extraño y oscuro proceso de un policía de la década de 1950 que fue acusado de diversos delitos, a cual más absurdo, por sus propios compañeros. Nunca dejarán de asombrarme su entusiasmo antes estos planes y su absoluto convencimiento de que, de llevarse a cabo, mejorarían el mundo. Me conmueve y me admira su capacidad de darle vueltas a la

cabeza a cosas que pasarían desapercibidas para cualquiera, pero que él es capaz de imaginar, incluso años antes que se produzcan: siempre recordaré que fue el primero al que oí hablar de la burbuja inmobiliaria antes que se produjera, ante mi absoluta incredulidad. Tiene también un alto sentido cívico. Es un enfermo crónico de riñón al que le suministran diálisis y ha hecho cálculos, que estoy convencida son absolutamente fiables, del dinero que se gasta la Seguridad Social en empresas que suministran este costoso pero irreemplazable tratamiento y de cómo el Estado se ahorraría unos cuantos millones de euros si creara él mismo esos centros.

Muchas veces me pregunto si no somos los demás, con nuestro sentido común y nuestro juicio, los que estamos equivocados. Y mi padre, con sus sueños e ilusiones, el que tiene razón.

Las olas

Las olas han traído muchas cosas a este pequeño pueblo de la Costa Da Morte. En la década de 1950, aún se recuerda con jolgorio aquel barco que naufragó a pocos metros de la costa con un cargamento de leche condensada. Los lugareños que nunca habían visto un bote de leche condensada creyeron que era pintura y encalaron las paredes de las casas del pueblo con él. Las moscas acudieron en masa, tapizaron las paredes y murieron con patas enganchadas en la leche condensada. Lo que se dice una auténtica *performance* digna de cualquier artista conceptual.

Una noche, empezaron a oírse extraños sonidos procedentes de la playa. Mientras unos los atribuyeron a alguna reunión de meigas con ganas de juerga, otros al acudir a la orilla vieron que esta estaba poblada por cientos de acordeones que, mecidos por las olas, emitían melodías de belleza salvaje.

Y así, muchos días del pasado, regalaron a este pueblo, televisiones, huesos de ballena, neveras, pelotas de fútbol e incluso mandarinas. Cada vez, sin embargo, son menos los naufragios y las olas solo traen las porquerías habituales que traen a todas las playas: botellas vacías, envoltorios de helado, plásticos de todas las formas y pelajes. Que a veces se confunden con las algas. El pueblo conserva el encanto virgen de un lugar sin descubrir por el turismo y cuyos habitantes se felicitan por ello. Los pocos turistas se acercan atraídos por la merecida fama del marisco y las calderetas de merluza con patatas y pimentón que sirven en bares del puerto como el Rotterdam, donde hoy se les ha acabado el pulpo como anuncia la patrona, cariacontecida.

Cuando el visitante pregunta por los círculos amarillos y azules que se encuentran esparcidos por el puerto y las esculturas de cemento que rodean una choza ya sin techo al inicio del muelle, la señora del puesto de helados cuenta la historia de Man, el alemán que llegó

en la década de 1970 a este pueblo y se instaló en la choza sin agua ni electricidad ni ropa ni dinero, y decidió vivir comiendo algas y frutas que le regalaban. Fue famoso el juicio que ganó a las autoridades portuarias que pretendían echarle de allí cuando reformaron el puerto y al que se presentó sin abogado y vistiendo el taparrabos que llevaba en invierno y en verano. Mucha gente venía a verle desde distintos puntos de la comarca. Todos los que le conocieron, le recuerdan. Él les pedía cien pesetas y dos dibujos, uno de él mismo y otro del mar, que guardaba en cientos de libretas en su choza. También se bañaba cada día en el mar, con calor o con frío, escribía sobre filosofía y realizaba esculturas con redes y trozos de materiales traídos por el mar. La huella de su cuerpo puede verse grabada en el cemento del malecón. Los visitantes se tienden en ella, por unos instantes transmutados en eremitas que no conocen horarios, hipotecas, lazos familiares, obligaciones...

Cuando el chapapote *del Pres*tige invadió sus dominios, cubriendo de negrura las rocas que rodeaban su casa, dicen que se dejó morir de pena. Y dejó de tomar una medicación que le habían recetado. Nunca sabremos qué le trajo a este lugar. O si realmente fue el chapapote el que acabó con él. Como tantas cosas que trajo el mar a esta costa, Man se ha convertido ya en una leyenda. Ojalá no sea la última.

¿Dónde está Super-Frog?

Para Makoto

Incredulidad. Dolor. Estupor. Impotencia. Una pena inmensa. Y clavada en la retina, una imagen atroz, poderosa, bel*la: La gran ola de Kana*gawa, de Katsushika Okusai, probablemente la obra de arte más conocida de la cultura japonesa. Una pintura que evoca la pequeñez del hombre ante la naturaleza. La fragilidad más absoluta. Supongo que, en este momento, millones de personas se sienten como esos pescadores en su pequeña barca de madera, a merced de algo contra lo que no se puede luchar. A través del arte los artistas japoneses subliman la devastación y aceptan la sumisión a la naturaleza, que saben soberana. El arte es lo único que puede dotar de sentido a las cosas que no tienen ninguno.

Hablo con los amigos de allí: Misako, Rinko, Masa. Calmados, destrozados, animosos, pese a todo. La relativa tranquilidad de los primeros días se vuelve más caótica a medida que pasan los días. Es difícil conservar la entereza. ¿Huir? ¿Dónde? ¿Y cuándo volver? ¿Dónde quedan las vidas detenidas? ¿Cómo vivir el día a día sin saber si el aire que se respira va a ser mortal? Misako intenta bromear pero al final se le quiebra la voz: «Cuando fui a la tienda y vi que no había fideos instantáneos, me puse a llorar. Me di cuenta que había pasado cuarenta y ocho horas sin dormir y sin comer pegada al televisor, alegrándome que mis padres hubieran muerto ya y no tuvieran que ver esto». «Casi bates el récord de aquella mujer en un cuento de Murakami», le digo. Intento que se ría. No puedo. Me pregunta cómo nos sentimos aquí respecto a lo que está pasando allí. Ahora me toca llorar a mí: «Todo el mundo lo siente mucho, todo el mundo está pendiente, os queremos mucho, de verdad». «Qué bien... pero no llores, por favor, ya sabes que aquí nos caemos siete veces y nos levantamos ocho». Siento vergüenza de mis lágrimas y no puedo evitar pensar que lo acontecido los últimos días es como caerse mil veces.

Los personajes de Haruki Murakami nunca viven en el centro de las catástrofes. Las sufren en implacable soledad. Van como sonámbulos, deslizándose por sus propias vidas como si fueran vidas ajenas. La catástrofe, natural o provocada, planea sobre sus vidas como una oscilante espada. Las imágenes de Tokio estos días me traen el aire enrarecido de muchas historias del maestro japonés. En uno de sus relatos en el li*bro After the Quake (Después del terre*moto, escrito poco después del terremoto de Kobe), el protagonista, Katagiri, se encuentra con un sapo (Super-Frog) que habla y le pide que le ayude a salvar a Tokio de un terremoto mucho más devastador que el de Kobe. El sapo, que cita a Nietzsche y lee a los clásicos rusos, le dice al perplejo Katagiri: «La más terrible lucha ocurre en el área de la imaginación. Ese es el lugar de nuestro campo de batalla. En él experimentamos nuestras victorias y nuestras derrotas». Ni siquiera el genial escritor pudo calibrar hasta qué punto una increíble sucesión de calamidades pueden romper un país y a sus gentes y hasta qué punto el campo de batalla de la imaginación se queda corto evocándolas. En mí, a pesar de todo, late la idea que hasta en la oscuridad más densa se pueden encontrar esquinas de luz. Ahora nadie puede verlas, aunque están ahí. Deseo con todo mi corazón que el pueblo japonés las encuentre muy pronto.

Es el calor

Voy a confesar algo que solo conocen mis íntimos amigos. Pero como varios lectores me han reprochado cariñosamente que solo recomiendo libros, películas y muestras de arte a las que es difícil acceder si no vives en una gran ciudad, he decidido confesar un vicio inconfesable que tengo como espectadora ocasional de televisión: cada jueves a las 23:35 no puedo perderme un programa de televisión que se llama «Mujeres ricas». Sigo este programa con una devoción que no sentía desde «Modera tu entusiasmo» o la versión americana del programa inglés «What not to Wear». Yo, que no me he enganchado (a pesar de que me parecen muy buenas) a «Mad Men», «The Wire» o «Lost», me pongo de los nervios si el jueves por la noche me invitan a cenar a algún lugar y la cena se prolonga y no he dejado grabando el programa. Tengo que decir que cada vez que comento esta debilidad de la que supongo debería avergonzarme, obtengo dos reacciones: la gente que me mira como si me hubiera vuelto loca y los que se adhieren con vehemencia a mi entusiasmo.

¿Qué demonios hay en la vida de estas mujeres que atrae a tantos espectadores que siguen el programa religiosamente y que, como yo, sufren si un jueves se lo pierden? El precedente americano (producido por Bravo, los reyes *del rea*lity) «The Real Housewifes of New Jersey», no tiene el mismo color ni es tan entretenido como este. Para empezar, el casting del programa es excepcional: las cuatro mujeres (considerando como a un ente a las hermanas Collado) son cuatro prototipos que no tienen desperdicio y que poseen un desparpajo asombroso, es como si hubieran nacido para interpretarse a sí mismas en este programa. Puedo entender perfectamente las razones de la única que parece hacer algo para ganarse la vida, Olivia Valère, que sabe que este programa no hará sino aumentar la clientela de su club de Marbella, cosa hasta cierto punto lógica. Me conmueven sus dos maridos con los que convive, especialmente el primero, que me recuerda físicamente a un Onassis

post-Jackie. Pero ¿qué mueve a una mujer como Nannis, que tiene momentos de gran lucidez, a dejar que una cámara la ruede mientras se gasta una fortuna en zapatos imposibles para en las secuencias posteriores mostrarla entregando consolas usadas a los niños desfavorecidos de un barrio de Madrid? ¿Qué mueve a unas mujeres aparentemente cuerdas como las hermanas Collado a pujar hasta 1.500 euros en la cena benéfica más cutre del planeta (¡¡esos lazos rosas en las sillas!!) por darle un beso a un profesor de paddle, que parece un extra despistado *de El señor de los ani*llos? ¿Qué pasa realmente por la cabeza de Mar Segura, una mujer excepcionalmente guapa, pero que vive en una realidad paralela, tipo «Twilight Zone», cuando pronuncia las palabras «solidaridad», «energía», «alma» o «universo»? ¿Es tan solo el ansia por estirar los quince minutos de fama a los que todo el mundo tiene derecho lo que las mueve a protagonizar esta serie? ¿Llenar un profundo vacío existencial? ¿Ganas de figurar? ¿Inconsciencia? ¿Dinero? Dinero no debe ser porque se supone que son ricas, ¿no?

Cada episodio me sume en un estupor difícil de explicar, como si por mi casa hubiera pasado una horda de vendedoras de Tupperware a las que he tenido que comprar cacharros de plástico que nunca utilizaré. Me parece formidable la manera que utilizan la música en el programa. Pido desde aquí que me permitan poner música a algún episodio donde salga mi personaje favorito, el amigo de Nannis, el de las muletas. Es mi nuevo héroe. Debe ser el calor.

Vestidos y sudarios

La ola de calor que invade París hace que los asistentes al desfile suden la gota gorda bajo atuendos imposibles y busquen inútilmente en sus enormes bolsos objetos con los que abanicarse. Enfundados en zapatos absurdos, los pies gimen en silencio. Los fotógrafos pululan por las gradas buscando a famosos y semifamosos que los miran con desdén. Hay más guardaespaldas y miembros de los equipos de seguridad que en la ONU o la Casa Blanca. A quién protegen y de qué es algo que se me escapa completamente. ¿Quizá Karl Lagerfeld teme que el fantasma de Coco Chanel se levante de su tumba y ataque esta noche con una cohorte de muertos vivientes a esta muchedumbre ansiosa y a él mismo, el más ansioso de todos? Desde el *backstage* donde acaban de vestir a mi amiga de Chanel de la cabeza a los pies, con un atuendo que haría feliz a su bisabuela, cuento hasta quince hombres vestidos de negro con aspecto de haber participado en varios conflictos en África, escoltar, como si escoltaran a Obama, la limusina en la que Karl hace su aparición. Desde que ha adelgazado y solo bebe Coca-Cola Light (y Francia está llena de botellas de Coca-Cola Light con su efigie) se viste de la versión rock de un personaje de *Las relaciones peligrosas*. Sus manos arrugadas llenas de anillos me hacen pensar en un surfista de Santa Bárbara que aún se cree en un concierto de Grateful Dead. Es un hombre lo suficientemente inteligente como para proclamarse diseñador y no artista y desdeñar públicamente a todos sus colegas que se autoproclaman como tales. Si observamos los dos documentales recientes sobre él mismo y Valentino, la diferencia de cultura (y de utilización de rayos uva) entre los dos es tan abismal que uno se pregunta si verdaderamente ejercen el mismo oficio.

Un león dorado de dieciocho metros preside el enorme espacio central del Grand Palais y casi lo empequeñece. En la primera fila, veo a casi todas las actrices jóvenes del cine francés, a unos asientos de mí, está Anna Wintour, la directora *de V*ogue, con cara de haber

comido solo un par de endivias desde que ha llegado a París. Tras ella la luminosa Grace Coddington, vestida de Margiela: el contraste entre las dos es brutal y va más allá de lo que llevan puesto: una se divierte, la otra sufre. El desfile lleva tres cuartos de hora de retraso y el rumor entre los asistentes es que Karl se ha desmayado, al menos eso dicen un ruidoso grupo de periodistas americanos detrás de mí que no paran de hablar y de sol*tar «Oh my* God» cada tres palabras.

Suena Arvo Pärt y empiezan a salir las modelos andando con esa manera de andar ridícula con la pelvis hacia delante que solo se ve en las pasarelas. Parecen todas rusas escapadas de alguna aldea de Ucrania y subalimentadas durante días. Nunca he visto una colección tan grande de chicas con rodillas huesudas, brazos esqueléticos y mirada perdida de amargura. Algunas parece que estén a punto de desmayarse. Me siento como en un mercado de esclavos donde el mercader loa los huesos de las esclavas que quiere vender. La ropa de invierno parece tan incongruente en este calor agotador como un pingüino en el Sahara. Supongo que en un par de meses, los Zara del mundo estarán hasta los topes de estos abrigos con volúmenes en la parte superior y estos vestidos debajo de la rodilla con drapeados y tejidos ocre viejo y esas botas de tacones retorcidos, que una modelo acaba de romper. Mientras arrastra la bota con el tacón roto, tengo ganas de gritar y tirarles bocadillos a las chicas que desfilan con la mirada perdida. Pero no hago nada y me limito a aplaudir discretamente cuando sale Karl desde debajo del león y saluda.

Dos cielos. Una abuela

Los guisantes son irregulares, ovalados, como granos de arroz, hermosamente imperfectos, de un verde floral y pálido: saben a gloria. Es como vivir por un momento la primavera en pleno enero. No sé cómo Sergio y Javier los han cocinado, creo que hay tripa de bacalao y un caldito de algo familiar y confortable. No pregunto. Me doy cuenta que en el fondo no me gusta saber cómo están hechas las cosas que me gustan mucho. Me basta confiar en los que las hacen. Y eso es lo que los hermanos Torres y su cocina inspiran. Ellos hablan a menudo de un término que en nuestros días está denostado, devaluado y prácticamente a la altura del betún: ilusión. Pero eso es exactamente lo que destilan sus platos: un aire de frescura infantil que lo impregna todo, un afán de superación constante que poco tiene que ver con las estrellas Michelin (aunque ya tienen una), pero mucho con las estrellas errantes que guían a los viajeros y con las estrellas fugaces bajo las que formulamos deseos algunas noches de agosto. El arroz que llega ahora a la mesa me hace pensar en una canción de Rocío Jurado, «Como una ola». Deberían llamar así a este puñado de arroz meloso que se funde con espardeñas y erizos. Ni siquiera hay que cerrar los ojos para sumergirse en una tarde verano en una barca que rodea las Islas Medas mientras el aire yodado te acaricia. Aunque el que disfrute este arroz sublime no haya estado nunca en ninguna barca ni en las Islas Medas ni en el mar. Conmueve ver a los Torres en acción: la manera que tienen de trabajar en equipo recuerda más a un grupo de amigos que se lo pasan de miedo cocinando, aquí entra la ilusión de nuevo. Y es aún más conmovedor escucharles explicar como, cuando tenían ocho años, sentaron a sus padres atónitos a la mesa de la cocina y les dijeron con una absoluta seriedad que querían ser cocineros. Cuando hablan de su infancia con la abuela Catalina, la que les contagió el amor a la cocina, es fácil imaginarles subiendo desde el mercado de Santa Caterina hasta Vallcarca cargados con bolsas de red hasta los topes, relamiéndose de antemano cuando la abuela les anticipaba lo que iba a cocinar con las vituallas. Y ya en

la cocina, es posible evocarles a ambos con las caritas por encima del mármol, mirando como la abuela amasaba el pan, metía la caballa en el horno, hacía picadas, arroces, sopas... Hoy en el restaurante, cuando te dan a probar una crema de raíces de nombre impronunciable, hay algo de ese remedio de la abuela, es una crema que acaricia, que te mece y te consuela de los sinsabores del día. O al menos a mí me consoló mucho el día que la probé: mi día me pareció de repente menos duro. La experiencia del comer en el Dos Cielos supone compartir con los hermanos Torres un pedazo de su vida que uno se lleva a casa destilada y rememora siempre con cariño y una nostalgia que solo se colma volviendo. Gracias, Sergio y Javier, sois un cielo. Y gracias también a vuestra abuela.

La primavera puede acabar contigo

Leo con estupor que un grupo de científicos de Massachusetts (no lo entiendo, siempre son científicos de Massachusetts. Lugar escurridizo que me cuesta situar en el mapa) ha decidido unilateralmente que la astenia primaveral no existe. Aunque existen testimonios de esa enfermedad estacional desde los tiempos de Esculapio y somos millones de personas en el mundo los que la padecemos, ahora resulta que todos estamos completamente equivocados y que simplemente «a nuestro organismo le cuesta acostumbrarse a los cambios de tiempo». O sea que la debilidad, la alergia, los estornudos, la tensión baja, las ganas nulas de salir de la cama, las ideas negras (o grises) son invenciones de nuestro temperamento melancólico y en realidad no nos pasa nada. Goethe, Schiller, Nieztsche, Heine, Rilke y Kierkegaard estaban equivocados.

Cada día, un grupo de científicos descubre que el resto de los humanos no científicos estamos metiendo la pata en algo: o tomamos una cola que acaba con nuestras células o con nuestras linfas o con algo, o nos inventamos dolencias o desde que nos levantamos lo hacemos todo mal. Pero lo malo ya no son las manifestaciones de esos grupos de sabios: lo malo son los aprendices de sabio que florecen en cada esquina y que tienen como misión amargarnos la vida todo lo que pueden. ¿Les suena entrar con toda la buena intención en un centro de estética para que te hagan un masaje y acabar acomplejada/o por una mequetrefa inculta que se empeña en convencernos de las bondades de la depilación con láser o del milagro que supone la última máquina absurda anticelulítica, todo eso mientras nos riñe por nuestros ritos de belleza que están siempre equivocados? Mientras, claro está, la Einstein de turno —generalmente la encargada del antro— intenta colocarnos cremas, tratamientos, lotes, bonos, planes mil que van a devolvernos la tersura, al tiempo que nos mira con la misma conmiseración que los investigadores miran a sus pobres cobayas, a las que ni siquiera ponen nombres, para sufrir menos cuando tengan

que matarlas.

Pero el horror no acaba ahí. ¿Y esos amigos que deciden, tras una vida dedicada a los bocadillos de panceta y *los gin-to*nics, de repente, hacer dietas espartanas que solo incluyen alimentos fermentados o alimentos crudos o alimentos blancos a lo Sophie Calle? Me parece encomiable, por supuesto... pero lo que es insoportable es el discurso justificativo y apostólico que acompaña tales heroicidades. ¿Quieren pasarse el resto de sus vidas bebiendo té verde o leche de yegua o sirope de arce o destilado de abedul o betún de zapatos? Estupendo, pero, por favor, ahórrense el discurso anticafeína, antialcohol y antitodo. Déjennos a los demás tranquilos con nuestros vicios, nuestras manías, nuestros gustos, nuestras astenias primaverales. Aunque no existan.

Deadbook

¿Qué pasa con todos los perfiles de Facebook, cuando sus propietarios fallecen? ¿Dónde se van todos los mensajes de Tuenti, Twitter, Mo, WhatsApp? ¿Los sms...? ¿Los contenidos de los blogs? ¿Y los vídeos de Youtube, a quién pertenecen cuando los autores de las payasadas de turno se mueren? ¿Y las fotos de Flickr o cualquier otro sistema que permite publicar álbumes de fotos en el ciberespacio? ¿Los millones de opiniones sobre restaurantes parisinos, wikileaks, el último lifting de Cher o las videodeclaraciones de amor de Demi Moore a Ashton Kucher? Cada año fallecen mas de trescientas mil personas que tienen perfil en Facebook (son más de quinientos millones y creciendo, así que sus accionistas no tienen nada que temer). Si uno quiere puede apoderarse de ellos, borrarlos, modificarlos o mantener al difunto vivo en el mundo web asumiendo y fabricando sus opiniones y publicándolas en su muro. Y en cuanto a los amigos virtuales, ¿se entristecen? ¿Lloran? ¿Echan de menos a aquel al que nunca habían puesto los ojos encima pero del que conocían detalles que quizá los mas allegados (signifique eso lo que signifique en el mundo real) ignoraban? ¿Hasta qué punto el dolor que se siente por un desconocido con el que no se ha tenido contacto físico es auténtico? Hasta ahora podíamos pensar que el rastro de nuestra vida en Internet era efímero, pero esa idea ya no puede sustentarse: basta ver la cantidad de páginas web que ya podemos encontrar de negocios, personas o instituciones que ya no existen, pero que reclaman su espacio de nada desde las pantallas de nuestros ordenadores, teléfonos móviles o tabletas.

Pero no tenemos que preocuparnos: al parecer el legado que dejamos en el ciberespacio ya tiene guardianes cualificados. Diversas empresas se ocupan de preservar convenientemente todo cuanto hemos publicado en la web, todo el rastro de informaciones, datos, opiniones, registros de compras por impulso en eBay (ese juego de sal y pimienta recuerdo de Dakota del Sur por el que

nunca debimos pujar), las canciones que compramos por última vez en iTunes... Han surgido otras empresas que se ocupan de algo parecido, teniendo en cuenta también que existen formatos de documentos que ya no existen y transformándolos en ficheros legibles. Seguramente, en algunos casos, puede que conservar toda esta magna cantidad de información pueda ser de alguna utilidad. Supongo que conocer los pasos intermedios de algunas investigaciones farmacéuticas o científicas que se produjeron en la década de 1980 puede ser útil para corregir protocolos que se estén implantando ahora mismo. Pero, sinceramente, dudo que la inmensa mayoría de material que circula por ahí tenga ningún interés para nadie, así que, a diferencia de estos nuevos negocios destinados a preservar todo cuanto hicimos, como Travis Bickle, el atormentado taxista *de Taxi Dr*iver, uno de mis personajes favoritos de la historia del cine, sueño con una lluvia redentora que barra y borre toda la basura que asola las calles de este caótico y maloliente ciberespacio en el que vivimos.

Dos mil y pico

Tiemblo solo de pensar en la última noche del año. Estoy preparada para el pavo, los turrones y los alfajores. Para las comidas de empresa. Para el horrible soniquete de los niños de San Ildefonso. Para escuchar una y otra vez una de las canciones más tristes del mundo «Have Yourself a Merry Little Christmas» cantada por Bing Crosby, que intuyo ponen solo para que yo llore cada vez que entre en una tienda a comprar un regalo. Para recibir calendarios con ilustraciones de pintores que pintan con los pies y felicitaciones de gente que seguro me desea de todo menos felicidad. Pero nada me preparará nunca para esa noche. Creo que la noche de San Silvestre es una de las noches más deprimentes del año. Supongo que ya el hecho que esa noche del 31 de diciembre conmemore la muerte (que no el nacimiento) de un Papa que bautizó al último emperador pagano de Roma contribuye a que la fiesta de marras nunca sea una maravilla precisamente. Hay algo inevitablemente patético en todas esas noches de fiesta en que hay que divertirse por decreto: el abismo que hay entre lo que uno se supone debe sentir y lo que uno realmente siente es tan grande que conduce a los seres humanos a tirarse indefectiblemente al alcohol y al turrón de Jijona, con las funestas consecuencias que eso tiene para el ánimo, para el hígado y para el colesterol. Porque, además, aunque uno no quiera, es imposible no hacer balance de todo lo que ha pasado en el año que se acaba: la hipoteca pagada con apuros, el trabajo que está en la cuerda floja, la sensación que los años no nos hacen ni más sabios ni mejor preparados para los sinsabores de la vida, sino simplemente más vulnerables, más inseguros, más ansiosos. Y si el año que se va ha no ha sido una maravilla precisamente, ¿por qué regla de tres el que viene va a ser mejor? El año 2011 aparece ante nosotros como una escalera de 365 días inciertos donde lo mejor que puede pasar es que no sean peores que los escalones de 2010. Y sin embargo, de una manera absurda, inexplicable e infantil, cada año, en el último segundo del año, me invade una oleada incontenible de esperanza (el champán contribuye, supongo) y me

pongo a pensar que no hay que ser tan pesimista ni tomarse las cosas tan a la tremenda y que, después de todo, puede pasar cualquier cosa. Que quizá 2011 sea un año fantástico, maravilloso, sin terremotos, ni riadas, ni miseria, ni precariedad. Sin abusos, sin acoso, sin amenazas, sin injusticias, sin odios. Un año que deje asombrado al mundo, un año que haga historia porque las naciones lleguen a acuerdos de desarme y cooperación y resuelvan con ideas sencillas y creativas la crisis y sus consecuencias y el hambre y la desigualdad y las enfermedades y el calentamiento global y la violencia contra las mujeres. ¿Se lo imaginan? Pero con la suerte que tenemos, solo faltaría que entonces viniera 2012 y se cumplieran las profecías y se acabara el mundo.